

JACQUELINE BALCELLS • ANA MARÍA GÜIRALDES

Querido fantasma



«El fantasma del caserón de Ñuñoa era el secreto de doña Felicia. Lo había visto por primera vez hacía veinte años, cuando colgaba el vestido de terciopelo en el closet de su dormitorio...».

Así comienza la historia de una singular pareja de detectives: una anciana — considerada por muchos como una chiflada— y Arthur Henry Williams, su querido fantasma inglés.

Once casos en que el lector tendrá todos los datos para dilucidar quién es el culpable. Santiago, La Serena, Valdivia, Frutillar y también el tren de París o Madrid sirven de escenario a distintos y entretenidos episodios que pondrán a prueba el poder de deducción de los lectores. Para resolverlos sólo tendrán que leer con mucha atención y ser tan sagaces como doña Felicia.

Jacqueline Balcells & Ana María Güiraldes

Querido fantasma

(Once casos para resolver)

ePub r1.1

Titivillus 15.10.15

Título original: *Querido fantasma*
Jacqueline Balcells & Ana María Güiraldes, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



UN DETECTIVE EN EL *CLOSET*

El fantasma del caserón de Ñuñoa era el secreto de doña Felicia. Lo había visto por primera vez hacía veinte años, cuando estaba colgando el vestido de terciopelo en el *closet* de su dormitorio. Una mano blanca, algo transparente, emergió de la nada y le ofreció unas bolitas de naftalina. Después apareció un brazo y finalmente la figura de un hombre alto. Tenía patillas canas, bigotes y una pequeña barba; sonreía con timidez y se presentó como Arthur Henry Williams, detective privado. Si doña Felicia perdió el juicio con el susto, jamás se supo, pero lo cierto es que nunca se lo dijo a Leopoldo, su marido. Quizás fue para que no la creyera loca.

Al poco tiempo de aparecer el fantasma, Leopoldo murió de un repentino paro cardíaco. Fue una tarde en que iban a ir al teatro y él, contra toda su costumbre, había abierto el *closet* de Felicia en busca de un paraguas.

Arthur Henry Williams juró y rejuró a Felicia que él no había tenido nada que ver en la muerte de su marido y ella le creyó. Y desde entonces el fantasma se transformó en su gran compañía y consuelo: juntos resolvían crucigramas y no se perdían ninguna película policial en la televisión.

Luego de enviudar, doña Felicia se dedicó por entero a la afición que jamás pudo desarrollar en vida de Leopoldo sin sentirse culpable: leer novelas de intriga y resolver cuanto misterio se le pusiera por delante. Muy atrás había quedado el tiempo en que Leopoldo se enfurecía cada vez que ella se olvidaba del mundo.

—¡Esas novelas de misterio te están convirtiendo en una chiflada, Felicia: ayer te escuché hablar sola en el *closet*! —había vociferado Leopoldo una tarde—. Le decías a la ropa que el asesino de la mansión verde era el jardinero. ¡Te prohíbo continuar con esa locura de creerte detective!

Ella, mientras su marido estuvo vivo, trató de ser la mejor esposa posible: cocinó para él cientos de galletas, bizcochos y roscas, y disimuló al máximo sus tendencias detectivescas. Pero una vez viuda, ya nada le impidió hacer lo que le venía en ganas. Y la verdad fue que, poco a poco, sus vecinos comenzaron a considerarla una excéntrica. ¿Qué otra cosa podían pensar de una anciana que paseaba intercambiando opiniones con un compañero invisible o cuchicheándoles disimuladamente a las paredes cuando alguien la visitaba en su casa?

Pero el día en que doña Felicia resolvió su primer caso empezaron a respetarla.

EL CASO DE LOS BILLETES EN EL JARRÓN

Una tarde, cuando doña Felicia buscaba en el diccionario un sinónimo de tres letras para una palabra de su crucigrama, uno de sus vecinos llegó a buscarla. Venía en un estado de gran agitación:

—¡Han entrado a robar! ¡Se llevaron mi dinero! ¡Por favor, vaya a ver a Laurita!

—El señor González sudaba copiosamente.

Doña Felicia sintió un agradable cosquilleo bajo su piel.

—Supongo que no han tocado nada —exclamó, con los ojos brillantes.

—¡Acaba de suceder! Recién desperté de mi siesta y me encontré con la sorpresa.

—Y González añadió, mientras se secaba la frente con un pañuelo—: ¡yo sé que usted conoce al inspector Soto!

—Cálmese, señor González, y vuelva junto a Laurita. Yo iré dentro de unos minutos.

Cuando Belisario González desapareció, Felicia voló al segundo piso. Arthur Henry Williams ya estaba preparado: en lo alto de la escalera flotaban un sombrero, una pipa humeante y una bufanda escocesa.

—¡No, Arthur, si vas conmigo, tendrás que ser absolutamente invisible!

—¡Oh, qué contrariedad!

Las prendas de vestir cayeron al suelo y la pipa se vació en un cenicero.

Diez minutos más tarde, doña Felicia caminaba por la calle con su brazo derecho alzado, como si alguien la condujera del codo. Con la rapidez de una colegiala, llegó a la casa de los González en un santiamén.

Allí estaba Laurita, echada en un sofá, mirando con cara compungida el rostro alterado de su esposo. Apenas vio llegar a su vecina, se apresuró a explicar:

—¡Se han llevado los ahorros de Belisario, doña Felicia! ¿Se imagina usted lo que es eso? ¡Una persona con un gorro y una media en su cara, y vestida entera de negro, me amordazó y me apuntó con un revólver enorme! ¡Pateaba mis mesas y sillas, y abría cajones y... y... mire, mire cómo quedaron los jarrones y los adornos!

—¡Oh, qué atropello! —La voz tenía un leve acento inglés.

Todos se miraron desconcertados y doña Felicia, de inmediato, enronqueció su voz y exclamó:

—¡Oh, insisto, qué atropello!

—Sí, es realmente terrible... —murmuró Laura, cerrando los ojos.

La anciana observó el living: no había nada en su lugar. El florero de la mesa de centro estaba en la alfombra y las flores se desparramaban por todas partes. Los

adornos de porcelana aparecían boca abajo o tirados sobre los sillones. En el hueco de la chimenea había tres ceniceros de cristal tiznados y también estaba la fotografía de los González en el día de su matrimonio. Las dos sillas de Viena, que tanto cuidaba doña Laura, tenían sus patas dirigidas al techo y había una mesa de arrimo volcada.

—¡Dios mío, doña Laurita! ¡Y usted que es tan ordenada! —Se compadeció doña Felicia.

—¡Era un salvaje! Registró con furia, sin piedad por los objetos finos, hasta encontrar el dinero que estaba en mi jarrón chino. —El dedo de doña Laura indicó el enorme jarrón azul y dorado que parecía estar sentado en el sofá.

—¿Está segura de que no se llevaron algo más? ¿Revisó su colección de marfiles? —preguntó Felicia, arrugando el ceño.

—Ahí están: ¡todos debajo del sillón! A ese tipo, al parecer, sólo le interesaban los billetes.

—¡Qué curioso! Habiendo cosas tan valiosas... Ese hombre tiene que haber sabido que ustedes guardaban dinero en la casa —comentó Felicia, pensativa—. ¿Sospecha de alguien, doña Laura?

El señor González respondió por ella:

—Podría ser esa joven empleada, que anda bastante malhumorada desde ese día en que la retaste tanto por quebrar una copa.

—No creo. Como rompe todo lo que toca, le he prohibido hacer aseo en el living. Y te aseguro que es una orden que cumple con entusiasmo —respondió su mujer, irónica.

—Lo que es a mí, no me gusta nada la cara de ese hombre que la viene a buscar por las tardes —contestó Belisario. Y agregó, exaltado: ¡Por eso es que nunca me ha gustado tener a una extraña viviendo en la casa!

Doña Laura hizo un gesto con sus cejas y miró a Felicia:

—Para los hombres siempre resulta más cómodo, y barato, prescindir de las empleadas. Pero como es una la que tiene que hacerlo todo en la casa...

—Así es —afirmó Felicia y preguntó: ¿y dónde está esa muchacha?

—Aquí estoy, pues. —Se oyó una voz aguda. Una joven, con un delantal blanco y un cintillo del mismo color en la cabeza los miró desafiante—: Escuché todo lo que dijeron, y cuando me paguen el sueldo que me deben les voy a pagar su porquería de copa.

—¡Oh, qué modales!

Felicia dio un disimulado codazo al aire.

—¡No sea insolente, Miriam! —Se sofocó Laurita.

—¿Y usted cree que una no tiene dignidad? Acabo de escuchar lo que dijeron de mí.

—Será mejor que diga donde estaba a las tres de la tarde —le dijo, furibundo, Belisario González.

—¿Yo? ¡Donde estoy siempre a esa hora, pues, en mi pieza planchando sus porquerías de camisas!

—¡Esto es el colmo! —bramó el señor González—. ¡Voy a llamar a la policía y con ellos te vas a entender!

En ese momento apareció en la puerta un joven de unos veinte años, en tenida deportiva y con una raqueta de tenis debajo del brazo; miró sorprendido el desorden reinante.

—¡Tía Laura! ¿Qué pasó?

La señora González lo miró nerviosa.

—No conocía a su sobrino, Laurita —dijo Felicia, sonriendo con amabilidad al recién llegado.

—Es hijo de mi hermana y vive en el sur. Ha venido a Santiago a buscar trabajo —respondió doña Laura, mirando al joven con ojos protectores.

—Sí, busca trabajo jugando tenis... —masculló Belisario.

El joven, impertérrito, seguía en muda contemplación del espectáculo. Sus ojos miraban fijos el jarrón chino.

—¡No me diga que les robaron el dinero, tía! —susurró.

—¿Y cómo sabías tú que ahí guardábamos el dinero? —exclamó Belisario.

—¡Yo le había contado! —Saltó Laura—. ¿Y qué importancia tiene eso? —añadió, agresiva.

—¡Tío, usted no pensará que yo...! —terció el joven, altanero.

—¡Yo lo único que pienso es que me han robado mis pocos ahorros! —Belisario estaba rojo de furia, parecía que iba a estallar.

—¡Tranquilízate, hombre! ¡No es para tanto! —exclamó doña Laura—. ¡Te va a subir la presión!

—¡Al diablo con la presión! Para ti es muy fácil decir que me tranquilice. ¡Ya veo cómo estarías tú si se hubiera roto tu amado jarrón chino! —bramó el señor González.

—No le hable así a la tía, ¿no ve que acaba de pasar un gran susto? ¡Mire cómo le dejaron su living! —exclamó el sobrino, enfurecido.

—Tú, Raimundo, te callas. Pasaste de las faldas de tu madre a las de tu tía, y a mi juicio, en vez de buscar trabajo, lo único que haces es pedir dinero. —Belisario se dirigió a doña Felicia y agregó, molesto—: ¿Usted podría creer que este grandote se

levanta todos los días a la una?

—Eso lo sé muy bien, porque tengo que hacer su porquería de cama después de almuerzo —interrumpió otra vez Miriam. Y agregó, con sorna—: ¿Y a él no le preguntan dónde estaba a las tres de la tarde?

—¿No ve que vengo llegando del tenis, señorita? —respondió Raimundo, despectivo.

—¡Qué raro, yo escuché a la Madonna cantar en su pieza! —lanzó Miriam de inmediato—; a pesar de que estaba mirando la tele —añadió.

—¿No dijo que estaba planchando, Miriam? —tronó la voz del señor González.

La joven, por toda respuesta, se levantó de hombros.

—Don Belisario, ¿usted siempre tiene el sueño tan pesado? —preguntó entonces Felicia.

—No. Incluso yo también creo haber escuchado esa música de la tal Madonna —contestó él, pensativo.

—¿Y usted, Laurita, qué estaba haciendo en el living cuando llegó el ladrón? —volvió a interrogar doña Felicia.

—Lo que hago todas las tardes: leer. ¡Claro que con esa música tan fuerte era difícil concentrarse! —dijo Laurita y agregó—: Por eso mismo debe haber sido que no escuché entrar al ladrón: ¡de repente lo sentí a mi lado, apuntándome con la pistola! —Y se estremeció.

—¿Y cómo habrá entrado ese hombre? —interrumpió Miriam, abriendo bien los ojos.

—Eso tal vez podría responderlo usted, Miriam —espetó el señor González, seco.

—Lo que es yo, estoy muy seguro de haber dejado bien cerrada la puerta cuando salí —dijo Raimundo.

—Con un portazo, ¡seguro! —comentó el señor González.

—¿Y las ventanas? —preguntó doña Felicia.

—Ya lo comprobé: estaban todas cerradas —aseguró Belisario.

—¡Es como si hubiera sido un fantasma! —comentó Miriam.

—¡Qué tonterías, muchacha! —Saltó Felicia—. ¡Lo que menos le interesaría a él son unos míseros billetes!

—¿A él? —se extrañó la joven.

—Ehhh, quiero decir a un fantasma —se corrigió apresuradamente la anciana.

—No creo que los billetes sean míseros para nadie, querida vecina, ni siquiera para los fantasmas —comentó Belisario González con la voz enronquecida. Y luego de lanzar unas miradas de hielo a Miriam y a su sobrino, concluyó—: Pero como los

fantasmas no existen, habrá que buscar al culpable entre los seres humanos. ¡Esto tendrá que resolverlo la policía! ¡Le ruego, querida vecina, que telefonee a su amigo inspector!

—No será necesario —dijo doña Felicia—. Yo sé quién lo hizo.

—¿Usted lo sabe? —Raimundo la miró, incrédulo ¿Usted...?

—Así es, jovencito —replicó muy seria la anciana—. Sé perfectamente quién tiene los billetes y le aconsejo al culpable que confiese y no agrave más la situación. Porque, como dice Arthur Henry Williams, detective inglés, «*el que quiere llevar bien a cabo su papel, no cuide lo que quiere: hágalo al revés*».

Al escuchar la extraña máxima, tres personas se miraron perplejas. Pero una de ellas supo que doña Felicia se había dado cuenta de todo y la estaba acusando. Por eso, no le quedó más remedio que decir la verdad. Pero fue tan sincero su arrepentimiento que don Belisario —avaro, cascarrabias, pero al fin de gran corazón — aceptó las disculpas... y el dinero.

Querido lector:

¿Qué quiso decir doña Felicia con su máxima? En ella se revela lo que delató al culpable. Si no lo sabes, podrás enterarte en las páginas de soluciones.

EL CASO CON MUCHOS DEDOS

Era el viernes del mes en que doña Felicia invitaba a tomar té a sus amigas y vecinas del barrio. A Arthur Henry Williams le fascinaban estas reuniones. Era su oportunidad para poner en práctica las dotes de cocinero que siempre había tenido en vida: preparaba los *scones* con sus propias manos transparentes y también el té original inglés que doña Felicia compraba especialmente para su querido fantasma.

Primero llegó Ana, la flaca profesora de castellano, que vivía con dos gatos y coleccionaba todo lo imaginable e inimaginable: desde conchitas de interiores nacarados, pasando por cajas de fósforos y llaves abre nada. Su casa, a dos cuadras de la de doña Felicia, parecía más que todo un bazar.

Luego llegó Isadora, viuda reciente de un hombre que sólo le había dejado problemas: letras sin pagar, cuentas de hospital y una pensión que le alcanzaba apenas para comer. La acompañaba su única hija Teresa, de veinte años, frívola y bastante floja, y siempre dispuesta a aparentar lo que no era.

—¡Qué buena idea tuviste al venir, Teresita! —se alegró doña Felicia—. Tendrás compañía de tu edad: Patricia, la hija de mi hermana, vendrá también.

—¿Es la sobrina que se va a casar? —preguntó Ana, mientras examinaba la colección de cucharillas que había sobre la mesa de centro. Y sin esperar respuesta agregó: ¿Cómo haces para mantenerlas tan brillantes, Felicia?

Doña Felicia no le respondió, pues en ese momento volvió a sonar el timbre. Esta vez era la rubia Dorita, que llegó derramando olor a perfume y haciendo tintinear sus pulseras. Besó a cada una con grandes muestras de alegría y alabó —a la pasada— los aros enormes que se balanceaban como columpios en los lóbulos de Teresita.

—¡Me los regaló mi pololo! —contestó la joven, moviendo su cabeza para hacer caer un mechón sobre su frente.

—¿Y desde cuándo pololeas? —preguntó Felicia, con una sonrisa.

—Hace una semana: él es un joven industrial.

A estas palabras, Isadora, la madre de Teresa, miró a su hija con extrañeza, pero guardó silencio.

—¿Cómo van tus negocios, Dorita? —preguntó doña Felicia, mientras ofrecía a sus invitadas un jugo de damascos.

—¡Ay, niñas! No me van a creer, pero acabo de abrir un negocio de ropa usada europea. ¡Vieran ustedes el éxito que he tenido!

—¡Uf! ¡Me muero antes de ponerme ropa usada! ¡Yo no sé cómo hay tanta gente que lo hace! —murmuró Teresita, con un gesto de asco.

—No todo el mundo puede usar sedas naturales y joyas finas, niña. ¡Feliz tú si puedes hacerlo! —concluyó Dorita, algo alterada.

Felicia, para aliviar la tensión del ambiente, cambió el tema y se dirigió a la profesora:

—¿Cómo van tus clases, Ana? ¿Siempre los mismos problemas con el director?

—Ya no más, Felicia. Tengo una novedad.

—¡No me digas que te casas! —Saltó Dorita, levantando sus manos regordetas llenas de anillos y haciendo sonar las pulseras doradas.

—Mucho mejor que eso: me retiré del liceo. ¡Ya no más problemas con chiquillos revoltosos! Ahora hago clases en un instituto.

—¡Qué bien! —se manifestó Isadora, saliendo de su mutismo. ¿Y te pagan más?

—Un poco más, pero también tengo que arreglarme mejor. En el liceo bastaba con ponerse un delantal; aquí la cosa es distinta.

—¡Tendrás que visitar mi tienda, entonces! Te aseguro —con el permiso de Teresa — que tengo unos vestidos divinos, baratos... y que parecen nuevos.

Doña Felicia estaba muy entretenida con la conversación, pero atenta a esos leves tintineos de tazas y cucharas en la cocina. ¡Era de esperar que esta vez Arthur Henry Williams fuera discreto y no asustara a sus amigas, como había sucedido unos meses atrás!

Sonó el timbre y apareció Patricia, radiante y alegre. Saludó a las mujeres allí reunidas y se disculpó por su atraso:

—Pablo me fue a buscar a la oficina, y miren la sorpresa que me tenía. —Patricia extendió su dedo anular y mostró un anillo donde pequeños brillantes se arremolinaban formando una flor.

—¡Qué preciosura! —exclamó Felicia—. Ahora que llegaste, las invito al comedor, pues el té se puede enfriar. Allí examinaremos con calma esa belleza de anillo, querida.

A los pocos minutos, estaban todas instaladas alrededor de la mesa, saboreando los deliciosos panecillos calientes y la mermelada de naranjas que su anfitriona les ofrecía con amabilidad.

—¡Estás cocinando cada vez mejor, Felicia! ¿Son recetas nuevas?

—Relativamente —respondió ella, mirando de reojo la puerta de la cocina que se había abierto un poquito.

En ese momento, Patricia se desprendía de su anillo y se lo pasaba a su tía, que comentó algo sobre la delicadeza de su diseño.

Todas se pusieron a comentar la joya y a hablar de brillantes, en un cotorreo

imposible de entender. El anillo pasó de mano en mano y de dedo en dedo, durante largos minutos. El té se acabó y los *scones* también. Y cuando Teresa, con voz lánguida, decía que el tiempo se había pasado volando y que tenía una cita con su pololo, se escuchó la voz tímida de Patricia:

—¿Me podrían pasar mi anillo, por favor?

Las mujeres se miraron entre sí.

—¡Yo no lo tengo!

—¡Yo tampoco!

—¡Yo te lo pasé a ti!

—¡Y yo a ella!

—¡Pero alguien debe tenerlo! —dijo Felicia, repentinamente seria.

—¡Se habrá caído debajo de la mesa, búsqúenlo! Lo que es yo, me tengo que ir; Jorge me espera —dijo Teresita, poniéndose de pie.

En ese momento se escuchó un *click*, luego otro, y las dos puertas que daban al comedor se cerraron. Teresita, que ya estaba junto a la que conducía al *living*, forcejeó su manilla y miró a la dueña de casa con incredulidad.

—¡Esto tiene llave! —murmuró.

Felicia dio unas rápidas explicaciones que nadie entendió, para concluir con firmeza:

—Con o sin llave, es preferible que nadie se mueva de aquí hasta que el anillo aparezca. Y si no es así, desde este mismo teléfono —dijo, indicando el anticuado aparato que estaba sobre una mesa de arrimo— llamaré al inspector Soto, que es muy amigo mío.

—¡Pero, Felicia, somos tus amigas, te has vuelto loca! —dijo Ana, con la barbilla temblorosa.

—No dudo de que sean mis amigas, pero tampoco dudo de que el anillo lo tiene una de ustedes —replicó terminante la anciana.

En ese momento Patricia, en cuatro pies, revisaba la alfombra, bajo la mesa. Se levantó, despeinada, y exclamó:

—¡No está! ¡Por favor, si es una broma, ya ha durado mucho!

El alboroto de explicaciones creció bajo los oídos atentos de la anciana.

—A mí me lo pasó Felicia. Yo lo examiné, me lo probé un segundo y después te lo pasé a ti, Teresita —dijo Ana.

—Yo me lo probé y me flotaba en todos los dedos —contestó Teresita, estirando sus dedos finos y largos.

—Tienes dedos de fideo cabello de ángel, chiquilla. No como los míos, que

parecen canutones, ¡casi se me queda atascado el anillo en el meñique! —dijo Dorita, riéndose para aliviar la tensión.

—No perdamos el hilo —interrumpió Felicia—. ¿A quién le pasaste el anillo, Teresita?

—Lo dejé sobre la mesa y lo volvió a coger Ana —respondió ésta, con tono acusador.

—Sí, pero fue para entregárselo a tu mamá, *hijita* —contestó Ana, molesta—. Yo no soy especialista en joyas como para examinar tanto un anillo. Sólo me lo probé una vez.

—Yo no sé quién me lo pasó —se defendió Isadora—, lo único que sé es que lo devolví rápidamente. Me asusta tener cosas de tanto valor entre las manos.

—¿A quién se lo devolviste? —preguntó Felicia.

—Parece que se lo pasé a Dorita... ¿o sería a Ana, que lo tomó tantas veces?

—¿Yo, tantas veces? ¿Qué te pasa conmigo, Isadora? ¿No querrás acusarme para defender a alguien? —Saltó Ana, furibunda.

—¡Ya, cálmense! Fue a mí a quien se lo entregaste, Isadora —interrumpió Dorita—. Pero lo dejé de inmediato: en lo ajeno reina la desgracia. Por eso es que yo nunca manejo autos ajenos ni me pruebo joyas que no son mías.

—¿Y a quién se lo pasaste tú? —insistió Felicia.

—Lo dejé sobre la mesa y me parece que lo tomó Teresita.

—¿Yo? ¿Para qué lo iba a tomar otra vez? —contestó la muchacha, agresiva.

—A mí me parece que vi cuando Dorita lo dejó junto a la panera. Después sólo recuerdo una mano que lo volvió a coger —comentó Patricia, pensativa. Y agregó, con desaliento—: ¡Cualquiera pudo haber sido! La panera estaba en el centro de la mesa y la mesa es redonda: estábamos todas a la misma distancia de ella.

Se produjo un silencio y oyeron a doña Felicia: parecía estar hablando sola. Cuando se dio cuenta de que la estaban mirando, se puso rápidamente de pie y alzando la voz se dirigió a sus amigas:

—Luego de escucharlas con atención, he descubierto quién de ustedes tiene el anillo. Le ruego a esa persona que lo devuelva. Si no lo hace, llamaré a la policía, lo que será mucho peor para ella. Porque *«quien miente se delata, cuando los dedos atan»* —concluyó con voz de poetisa.

Nadie abrió la boca ni se movió de su sitio. Estaban todas tensas. Teresa miraba fijamente una miga sobre el mantel, con aire fastidiado; Isadora, su madre, con las manos juntas sobre el regazo, parecía la imagen de una virgen doliente; Dorita movía continuamente sus pulseras y daba vueltas a su collar de cadenas; Ana estaba muy

seria y tenía la boca fruncida, igual que una colegiala amurrada.

De pronto Isadora dio un grito y echó la silla hacia atrás:

—¡Ay, ay! ¡Algo cayó sobre mi pierna!

Doña Felicia se precipitó hacia Isadora que estaba más verde que un melón tuna, mientras Patricia, de rodillas en el suelo, gritaba:

—¡Mi anillo! ¡Aquí está mi anillo!

En unos instantes la tensión se aflojó y la conversación se reanudó en forma más o menos normal. Patricia, ya con la joya en su dedo, trató de restarle importancia al hecho y comentó que quizás el anillo se había enredado en el mantel.

La autora del molesto incidente respiró aliviada.

Pero unos minutos más tarde, la culpable sintió que unos dedos muy fríos recorrían su cuello. Sobresaltada, miró hacia atrás: no había nadie a sus espaldas. Los dedos aumentaron la presión y ella, ahogando un grito, se desvaneció.

Cuando volvió en sí, ya todas las otras invitadas habían partido. Sólo estaban a su lado doña Felicia, que solícita le ofrecía una taza de té inglés, y Arthur Henry Williams, que fumaba en pipa. Por supuesto que sólo se veían la pipa y el humo en el aire.

La mujer volvió a desmayarse.

Ingenioso lector:

¿Qué llevó esta vez a doña Felicia a descubrir a la culpable?

EL CASO DE LAS PISTAS EN VERSO

Hacía una semana que doña Felicia estaba en La Serena, invitada por su hermano. Vivían en una antigua casona colonial de tres patios, varios papayos y numerosas habitaciones. A Arthur Henry Williams le encantaba pasearse por los corredores, agitar los visillos de encajes de algunas ventanas y sentarse en una butaca de cuero de la gran biblioteca a contemplar el cuadro de la bisabuela, que era igual a doña Felicia, pero vestida al estilo victoriano.

El fantasma estaba cumpliendo a la perfección las órdenes de no hacerse notar que le había dado su amiga, pese a que no le hacía mucha gracia que los tres sobrinos nietos rodearan a la anciana todo el día para escuchar sus aventuras detectivescas en las que él no era incluido. Él tenía que mantenerse al margen de los comentarios y ni siquiera podía intervenir cuando doña Felicia obviaba su importante participación en los casos.

Sin embargo, ese día lunes a Arthur Henry Williams se le levantó el ánimo. La Municipalidad de La Serena había organizado un concurso para jóvenes detectives, con un premio que consistía en una colección completa de las mejores novelas policiales de todos los tiempos.

—Tía Feli, los equipos de niños que se presenten tienen que llevar con ellos a uno o dos adultos, ya que habrá que recorrer toda la ciudad. Nosotros te elegimos a ti... ¿aceptas? —Germán hablaba sin pausas y con los ojos muy abiertos.

—Vamos por parte: ¿qué hay que hacer? Porque si se trata de una *gymkana*...

—Tía Feli, no hay que correr, ni andar en bicicleta. Podemos ir en su auto... — Siguió Rubén, ansioso.

—Nos van a dar cinco pistas, escritas como adivinanzas. ¡Imagínese, tía Feli, con usted vamos a ganar! —añadió Josefa, tomando con fuerza la mano de la anciana.

—Josefa, ¡cuidado con mis huesos! —rió doña Felicia, encantada con la perspectiva.

Una hora más tarde, el equipo formado por los tres sobrinos nietos, doña Felicia y el fantasma —que iba de incógnito— se reunían en la Municipalidad con la alcaldesa de La Serena. Había quince equipos de niños, acompañados por padres o tíos. Todos los adultos miraron con expresión de superioridad y algo de risa al equipo encabezado por esa dama bajita y arrugada, que hablaba fuerte y de vez en cuando murmuraba sola y codeaba el aire.

Luego de que cada grupo recibiera un distintivo con las siglas del concurso, procedieron a leer la primera pista que la alcaldesa descubrió en un pizarrón preparado para el evento.

«DESDE ARRIBA EL SANTO TE LLAMA
Y SUS VOCES RESUENAN
CON POBREZA FRANCISCANA.
SI ESCUCHAS SU LLAMADO
ESTE GRUPO SÍ QUE GANA».

Los distintos equipos leyeron con atención la primera pista y salieron corriendo a deliberar. Doña Felicia y sus sobrinos se subieron al viejo Oldsmobile gris, estacionado a casi un metro de la cuneta. Y mientras ella, instalada sobre un cojín, se agarraba al manubrio como si éste fuese un salvavidas, los tres niños se acaloraban discutiendo.

—Hay que buscar a un pobre que esté pidiendo —insistió Josefa, con la cabeza fuera de la ventanilla.

—No, tonta, tendría que ser un pobre que anduviera flotando: ¿no ves que dice «desde arriba»? —la interrumpió Rubén.

—Es un santo el que llama, no un pobre —se exaltó Germán, golpeando las espaldas de tía Felicia.

La anciana esperó a bajar la rueda delantera derecha de la vereda para responder:

—Los tres tienen razón; es un santo que llama desde arriba. ¿Pero cómo puede llamarnos desde arriba un santo? ¿Y de qué santo se trata?

—¡No me diga que usted lo sabe, tía!

—Desde el primer momento. Pero quiero que ustedes también hagan trabajar las células grises, como dice mi amigo Hércules Poirot.

—¡Ya sé! —gritó Rubén—: ¡El santo de pobreza franciscana es San Francisco!

—Bien —dijo la anciana, frenando bruscamente frente a una luz roja—. ¿Y de dónde nos llama San Francisco?

—¿Desde el cielo? —preguntó Josefa, por decir algo.

—En todo caso, desde arriba... —dijo Germán.

—¡Caí, caí, caí! ¡Tíiita Felicita! ¡Tilín, tilín! O sea, ¡talán, talán! ¡Las campanas! —gritó Rubén, saltando en su asiento.

Doña Felicia se entusiasmó, levantó su mano, casi atropelló a un ciclista y exclamó:

—¡Rumbo a la iglesia de San Francisco, queridos detectives!

El Oldsmobile gris voló por las calles de La Serena, a sesenta kilómetros por hora. Se detuvo, con gran chirrido de frenos frente a la iglesia de San Francisco, y los tres niños subieron al campanario. Doña Felicia, que estaba mal estacionada, los esperó al volante, en amena charla con su fantasma que se quejaba de lo fácil de las pistas.

No habían pasado cuatro minutos cuando ya volvían, colorados y con los ojos brillantes. Germán agitaba entre sus manos un elegante pergamino. Doña Felicia, que los esperaba con el motor en marcha, puso primera y los hizo apresurarse: ya un segundo grupo, precedido por un señor de bigotes, entraba a la iglesia.

—¡Lee, lee! —urgió doña Felicia.

La voz de Germán sonó grave al recitar:

«SU APELLIDO ES VIENTO
QUE DEL NORTE VIENE;
SU VOZ CANTÓ AL HOMBRE
Y A LA TIERRA FÉRTIL;
RIÓ CON LA VIDA
RIMÓ CON LA MUERTE».

—¡Ah, qué fácil! ¡Es un poeta! —exclamó Rubén.

—¡Sí, Pablo Neruda! —dijo la pequeña Josefa, palmoteando a la tía en el hombro.

—Pero, tía... ¡Vamos a tener que ir a Isla Negra! —Se asustó Germán.

—Josefa, no me golpees más el hombro porque me vas a hacer chocar. ¡Y no sean atarantados! Obviamente es un poeta, pero... ¡atención!: un poeta que tiene un apellido de viento.

—¿De viento? —La voz de Josefa era de extrañeza—. ¿Y qué apellido de viento existe?

—¿Huracán? —insinuó Germán, sabiendo que no podía ser ése.

—¡Puelche! —exclamó Rubén.

—Sigán..., sigán... —los animó la anciana.

—¿Viento sur? ¡Ah, no! ¡Viento del norte! ¿Cómo se llama un viento del norte?

Tía, ¿usted sabe? —preguntó Germán desesperado, mirando hacia atrás, pues ya los seguía la Renoleta del señor de bigotes.

Doña Felicia hundió el pie en el acelerador y dijo con voz poética:

—Mistral: así se llama el viento que sopla del norte.

—¡Gabriela Mistral! —gritaron a coro los tres niños.

—Supongo que no tendremos que ir a Vicuña —se angustió la anciana sin saber para dónde doblar.

—¡No, tía, hay un busto de ella en el Parque de las Estatuas! —exclamó Rubén.

El Oldsmobile gris dobló brusco a la derecha, y enfiló hacia el lugar que Rubén indicaba.

Nuevamente fueron los niños los que se bajaron corriendo en busca de la tercera pista, mientras la anciana, ayudada por las manos invisibles del fantasma, levantaba el capó para revisar el agua, pues la temperatura del motor había subido peligrosamente.

Momentos más tarde, el Oldsmobile, seguido por la Renoleta del señor de bigotes y más atrás por un Fiat rojo repleto de niños, enfilaba hacia el faro. Esta vez la pista había sido fácil y Josefa la había adivinado sin ayuda. Decía así:

«INCANSABLE ESPERA,
INMÓVIL VIGILA.
BARRIENDO TINIEBLAS,
SU ÚNICO OJO GUIÑA».

¡Era el faro de La Serena! Llegaron a él en cinco minutos y doña Felicia esperó a los niños contemplando el mar desde su auto, mientras ellos subían corriendo las escalinatas del lugar. Encontraron la nueva pista pegada con papel engomado en una de sus paredes. Bajaron en tropel y se reunieron a deliberar con la tía:

—¿Sabe, tía Felicia? Estoy seguro de que el señor de bigotes ni siquiera se dio el trabajo de adivinar que había que venir al faro. ¡Estoy seguro de que nos siguieron a nosotros!

—Podría y no podría ser —respondió la anciana—. Por las dudas, ahora los despistaremos: daremos un rodeo para llegar al próximo lugar.

Rubén, desplegando el fino papel hilado que imitaba un pergamino, leyó:

«A LA FLOR DEL CÁLIZ CAÍDO
LA ACUNA EL RUMOR DE LA GENTE,
LA ALEGRA EL GRITO DEL NIÑO,
Y A LA ORACIÓN LA LLAMAN AL FRENTE».

—Ésta sí que me la ganó —murmuró Rubén.

—Se supone que está hecho para que todos adivinen, es cosa de pensar un poco.

—Se enojó tía Felicia, ante los rostros desalentados de los niños. Y añadió—: ¿Qué flor tiene el cáliz caído?

—¡Un copihue! —gritó Josefa, palmeando el hombro de la tía.

—Sí, pero resulta que estamos en el norte y los copihues son del sur —respondió ésta, sobándose el hombro.

—¡Las campanitas! —exclamó Germán.

—¿Hay campanitas en algún lugar público de La Serena? —preguntó la anciana, interesada.

—Ehhh... no sé, en realidad yo las vi en mi libro de botánica —dijo Germán.

—Entonces olvidense de las campanitas. Se supone que tiene que ser una flor que ustedes, los serenenses, ven todos los días.

—Yo me doy por vencido —murmuró Germán.

—¡Ahhh! ¡Yo sé, yo sé! Es esa flor que hay en casi todas las casas y que tiene un nombre como de flor y algo más... —Se entusiasmó Josefa.

—Flor... y... ¡Floripondios! —gritó Rubén.

—¡Eso es! —aprobó tía Felicia, dando un golpe al manubrio—. Ahora sólo hay que saber en qué lugar está: «La acuna el rumor de la gente, la alegra el grito del niño y la llama la oración del frente».

—¡Qué buena memoria, tía! —se admiró Josefa.

—¿Será un colegio, con eso de los rumores y los gritos de niños? —preguntó Germán.

—*Frío, frío...* —murmuró alguien con voz ronca.

—Parece que me está dando frío —dijo doña Felicia, azorada—. No creo que sea un colegio, a menos que... ¿conocen algún colegio que tenga una iglesia al frente, y que tenga un floripondio?

—*Tibio, tibio...*

—¿Quién habló? —preguntó Rubén, sacando la cabeza por la ventana.

El grito de Germán libró a doña Felicia de dar explicaciones:

—¡La plaza, la plaza! En la plaza hay un floripondio y la catedral al frente...

—¡En marcha...! —dijo la anciana, encendiendo el motor. El auto dio un brinco y partió, tosiendo.

—¡Acelere, tía, acelere! —gritaron los niños, mirando hacia atrás, pues la Renoleta se había puesto también en marcha.

—Desvíese hacia La Recova y después salimos por el centro, tía, para despistar, por si acaso... —recomendó Rubén.

—Ustedes me guían —les dijo la anciana, levantando la cabeza por sobre el manubrio.

El Oldsmobile llegó humeando a la plaza, seguido por la Renoleta que, ante la desesperación de los niños, no se les despintó en todo el camino pese al rodeo que habían hecho. Pero el Fiat rojo se había adelantado.

—¡No se preocupen, niños, esta vez pensaremos más rápido! —los alentó la tía,

abriéndoles la puerta trasera.

Los tres volaron al floripondio, mientras los ocupantes del Fiat rojo regresaban al auto con su pista en la mano.

Josefa sacó un papel pegado en el tronco y por el camino leyó:

«ANDA A LA BIBLIOTECA:
LOS ASESINOS TE ESPERAN,
SUAVEMENTE MATARÁN
PERO NO DEJARÁN HUELLA».

No había ninguna duda: había que ir a la biblioteca y rápido, porque el Fiat ya doblaba la esquina.

Doña Felicia hundió el pie en el acelerador y el cinturón de seguridad que estaba a su lado se abrochó solo.

Mientras la tía se estacionaba, los niños bajaron a la carrera. Cuando iban entrando, la pesada puerta de la biblioteca se abrió sola, como si fuera automática. Se abalanzaron sobre el mesón, donde una mujer rubia y con unos aros en forma de flor los esperaba con una sonrisa de complicidad.

—¿Vienen por el concurso de la Municipalidad?

—Sí, por favor, los libros policiales... —Germán habló, sin aliento.

—Tercer pasillo a la derecha.

El tercer pasillo estaba repleto de libros encuadernados en cuero negro con letras doradas.

—Misterios, Robos, Detectives, OVNIS, Asesinatos... ¡Asesinatos! ¡Eso! —susurró Rubén a sus hermanos, tratando de que los niños del Fiat, que buscaban en la sección Misterios, no lo oyeran.

—Lee los títulos —cuchicheó Josefa.

Rubén leyó en un susurro:

—*EL CASO DEL COLLAR DE PERLAS, MUERTE CON GLICERINA, EL MISTERIO DEL TIGRE DE TERCIOPELO, CRIMEN CON GUANTES DE SEDA, ASESINATO A CINCO DEDOS, SIETE DÍAS DE VENENO LENTO, PERFUME MORTAL PARA UNA JOVEN HEREDERA, MUERTE VIOLENTA ENTRE ALGODONES, EL ASESINO CON GUAANTE DE BEISBOL.*

—A ver... ¡lee de nuevo la pista! —pidió Rubén a Germán, enfrentado a la colección de libros.

Germán sacó el papel del bolsillo, y los tres niños se inclinaron a releer la última clave.

Ya se acercaban los grupos del Fiat y el del señor de bigotes. Este último, que los precedía, mostraba una sonrisa de triunfo.

—¿Qué le pasará a la tía Felicia que no llega? —se desesperó Josefa, tironeando el brazo de Germán.

—¡Se me cerró la mente entre tanto título! —gimió Rubén, mirando una y otra vez los lomos negros con letras doradas.

El señor de bigotes y sus niños se inclinaban también a revisar los títulos de la estantería Asesinatos, e intercambiaban opiniones entre ellos. El señor del Fiat, por su parte, deliberaba con los suyos frente al rótulo Misterios.

—Si no nos apresuramos, nos ganarán. Y la tía Felicia ya no llegó... —susurró, angustiada, Josefa.

En un último y desesperado intento, Rubén volvió a revisar los títulos de la colección, y cuando extendía la mano para coger *CRIMEN A CINCO DEDOS*, resbaló de la estantería otro libro de la colección. Rubén de inmediato se inclinó a recogerlo, y en eso una voz murmuró a sus espaldas:

—*Caliente, caliente, como el agua ardiente.*

El niño, sobresaltado, apretó el libro entre sus manos y miró hacia atrás: no había nadie. Confundido, leyó el nombre de la novela y, como si el mismo faro de La Serena le hubiera iluminado la mente, se dio cuenta de que ése era el libro del que hablaba la clave. Lo abrió rápidamente. Adentro había un papel:

*«USTEDES HAN GANADO
CON INGENIO Y DEDUCCIÓN:
EL QUE PIENSA SIEMPRE OBTIENE
LA PRIMERA UBICACIÓN.*

Reciban las felicitaciones de la Ilustre Municipalidad de La Serena. El premio, consistente en un colección de las mejores novelas policiales de todos los tiempos, les será entregado en ceremonia pública el próximo domingo».

Entre los abrazos, las felicitaciones y los gritos, a Rubén se le olvidó el extraño incidente gracias al cual habían ganado. Tía Felicia, que no había llegado a la final por tratar de convencer a un carabinero del tránsito que ella había confundido al grifo con el perro que había a su lado, supo de boca de Arthur Henry Williams la noticia:

—*Sólo les di una manito, my dear...*

Tres días después, mientras los sobrinos acomodaban la maleta de tía Felicia en el

viejo Oldsmobile, ella se despedía diciéndoles:

—En cuanto a esas voces que ustedes dicen haber escuchado durante la competencia, les confesaré que yo también las he oído. Pero no se preocupen, son maravillas que nos suceden a los niños y a algunos viejos.

El auto se alejó, con sus toses características. Y de la ventanilla, junto al conductor, un pañuelo blanco se agitó en el aire.

Los niños se miraron, intrigados, y Josefa dijo entre carcajadas:

—¡Son cosas que vemos los niños y algunos viejos!

Asiduo lector:

¿Cuál era el título que traducía la clave de la quinta pista?

EL CASO DEL ROBO EN EL SUPERMERCADO

Doña Felicia y Arthur Henry Williams terminaron de hacer la lista de compras del supermercado.

—¿Anotaste té inglés?

—Yes, y también tu famoso tabaco, Arthur Henry —contestó ella, doblando el papel con el listado en su cartera.

—Espérame, Felicia, dear. Iré contigo.

—¿Me prometes comportarte como un fantasma bien educado? ¡No quiero pasar vergüenzas, ni tener que dar explicaciones ridículas a nadie!

—¡Te lo prometo!

Un cuarto de hora más tarde doña Felicia empujaba su carrito por uno de los pasillos del supermercado. Era el Día de la Verdura y estaba repleto de señoras que se disputaban las lechugas regadas con agua de pozo y los tomates pintones. Doña Felicia eligió un repollo, golpeó un melón tuna con puño firme y demoró largos minutos en elegir dos paltas maduras. Luego enfiló su carro hacia el pasillo de los dulces y las conservas.

Sintió un revoloteo entre los caramelos y escuchó elevarse la voz que había prometido silencio:

—¡Old English Toffee...!

—¿En qué quedamos, Arthur? —Doña Felicia se molestó grandemente, y más aún porque se paró a su lado una señora vestida de verde, con un moño tan tirante que sus cejas se alargaban en una línea recta.

Por suerte la recién llegada se concentraba de tal manera en los estantes de las conservas, que ni escuchó el intercambio de palabras entre la anciana y el aire.

Doña Felicia comparaba el precio de un tarro de frutillas con otro de peras, cuando la señora, a su lado, la interpeló:

—Perdón, ¿me podría decir el precio de ese tarro de arvejitas? —pidió con los ojos fruncidos frente a la lata.

—Por supuesto, señora —le contestó doña Felicia, y leyó el precio sobre la etiqueta.

En ese instante, un carro se estrelló contra el de doña Felicia.

—¡Perdón! —Se oyó una vocecita. Era una joven que tras una montaña de mercadería trataba infructuosamente de enderezar una rueda trabada.

—Tenga más cuidado, hijita —dijo, molesta, la señora del moño, recogiendo dos tarros que habían caído al suelo.

—No es culpa mía, señora —explicó la muchacha, confundida.

—Es el colmo que en estos supermercados tan caros tengan una infraestructura tan precaria —alegó nuevamente la del vestido verde.

—*Bien dicho.*

—Sí, ¿no es verdad? —La señora esta vez miró con una sonrisa a doña Felicia que no había abierto la boca.

Un señor de pelo canoso se detuvo al lado de las tres mujeres.

—Perdón, ¿las molesto para sacar unos palmitos?

La joven corrió con dificultad su carro hacia atrás, para dejar espacio al recién llegado. Doña Felicia hizo lo mismo y la mujer del moño tirante se tropezó en el carro de la joven, haciendo caer una caja de detergente, unos tomates y una malla de papas que al romperse dejó rodar su contenido por el suelo.

—¡Todo es culpa mía! —dijo el caballero—. Permítanme ayudar. —Y se inclinó, con dificultad, para recoger la caja de detergente.

La joven, dejando su cartera sobre el carro, comenzó a perseguir las papas que rodaban por el suelo. El caballero canoso devolvió el jabón en polvo al carro y doña Felicia se encaminó hacia los plátanos que se esparcían peligrosamente hacia la mitad del pasillo. Pero llegó tarde: en ese momento, una señora que entraba en busca de conservas resbalaba violentamente con un plátano pegado en su zapato.

El pasillo B —de conservas y frutas secas— se transformó en un griterío. Una mujer voluminosa yacía en el suelo y sobre ella se acumulaban dos paquetes de ciruelas secas, pasas, nueces y una bolsa de huesillos. Doña Felicia, inclinada a su lado, le levantaba la cabeza, mientras una mano invisible —que en la confusión nadie notó— agitaba una revista para darle aire.

El caballero canoso partió a buscar ayuda.

—Número ocho al pasillo B... Número ocho al pasillo B —una voz resonó por todas partes.

A los pocos segundos aparecieron un hombre con delantal blanco y otro con un vaso de agua. Un tercer empleado llegó a recoger las papas, tomates y plátanos aún diseminados por el corredor.

Lentamente volvió la calma.

Un cuarto de hora después, doña Felicia, con las compras de la semana ya hechas, más un paquete de Old English Toffee, esperaba su turno para pagar en la caja. Tras ella llegó la señora de verde.

—Mire qué casualidad: nos reunimos todos de nuevo —comentó con una sonrisa.

En efecto, en la caja del lado, el señor canoso extendía un cheque; tras él, la jovencita que había iniciado el descalabro comenzaba a distribuir su mercadería sobre

la cinta transportadora del mesón.

La persona delante de doña Felicia se retiró y la anciana, ayudada por el fantasma, sacó sus cosas del carro.

—¡Qué rapidez, señora! —comentó la cajera, al ver que las mercaderías volaban en la mano de la anciana.

Doña Felicia sonrió con cara inocente. Iba a responder, cuando se escuchó un grito en la caja de al lado.

—¡Me robaron la billetera! —La jovencita del carro de las ruedas trabadas hurgaba con desesperación dentro de su bolso.

En esos instantes la cabeza del señor canoso desaparecía por la puerta del supermercado.

La cajera, con cara molesta, agitaba una boleta en su mano y llamaba al supervisor. —Habrá que anular su compra, señorita —suspiró la cajera, dirigiéndose a la angustiada muchacha que seguía trajinando el contenido de su bolso.

—¡Tiene que haber sido cuando dejé mi cartera sobre el carro! ¡Cuando se cayeron todas las cosas! —gimió la joven, mirando alrededor con impotencia. Sus ojos se posaron en doña Felicia y en la señora de moño, y las indicó con el dedo—: ¡Ustedes estaban conmigo en ese momento!

La actividad de las cajas circundantes se detuvo y todas las miradas se concentraron en la muchacha, que comenzaba a ponerse histérica:

—¡Ellas estaban conmigo! —insistía una y otra vez en tono agudo, ahora con los ojos llenos de lágrimas.

—¡QUE NADIE SE MUEVA DE LAS CAJAS!

—¡Debe ser el detective del supermercado! —comentó excitada una señora que, un poco más atrás en la fila, levantaba la cabeza para no perder detalle.

La señora de verde alzó la voz por encima del barullo.

—¡Ese señor canoso que acaba de salir también estaba con nosotros...! ¡Y yo vi cómo tocaba su cartera, señorita, cuando la ayudó a recoger las cosas...!

—¡Detengan a ese hombre! —gritó la señora de la fila de atrás, adelantándose a codazos.

—Y tan respetable que se veía. —Lloriqueó la muchacha que había sido robada.

—No se preocupe, señorita, pagó con cheque y registramos su teléfono —dijo la cajera, para consolarla.

—Confirmaré los datos —añadió el supervisor, con aire preocupado—. No vaya a ser falso el cheque. —Y se alejó, presuroso, hacia el teléfono.

Las cajas habían reiniciado su actividad y doña Felicia, a pesar de haber ya pagado

y guardado sus compras, seguía de pie junto a la joven.

La señora del moño tirante depositaba su mercadería en el mesón, mientras la cajera leía los precios y marcaba. Entre tanto, volvió el supervisor y anunció que el pago del señor canoso estaba en orden y también su teléfono y dirección.

—Será fácil ubicarlo —comentó, ya tranquilo por el cheque.

En ese momento, la cajera contaba los tarros de palmitos para marcar el precio. Entonces frunció el ceño:

—Parece que aquí hay una equivocación, los palmitos valen diez veces más. ¿De dónde cogió estos tarros, señora?

—¡De los estantes, pues! —dijo ella, molesta.

—Aquí hay una equivocación... ¡Los palmitos no valen lo mismo que las arvejitas!

—¿Equivocación? —Ahora la clienta del moño se sulfuró—. ¡Quedaban estos seis tarros en el estante de más arriba, y los seis estaban marcados con el mismo precio! Yo los saqué justamente porque vi lo barato del precio.

—La cajera se levantó de hombros y comenzó a marcar.

—*¿Escuchaste eso, my dear?* —susurró el fantasma al oído de doña Felicia. Y agregó—: *El que tramposo quiere ser, su mirada debe esconder.*

La anciana asintió. Luego tranquilizó a la joven que aún suspiraba, y le dijo:

—No te preocupes, hija. Ya vuelvo. ¡Espérame!

Y se fue, casi corriendo, en busca del supervisor. No pasaron ni dos minutos cuando estaba de vuelta con él y —ahora sí— con el detective del supermercado. La señora del moño tirante aún estaba alegando cuando fue obligada a dar vuelta el contenido de su cartera. Y como era de suponer, allí estaba la billetera robada.

Fiel lector:

¿Tú también habrías culpado a la señora del moño tirante? ¿Por qué?

EL CASO DEL BIZCOCHO «ARENA»

Doña Felicia no tenía hijos, pero sí muchos sobrinos que gozaban con sus visitas y nunca dejaban de convidarla a veranear con ellos, a celebrar acontecimientos familiares importantes o simplemente a pasar los días domingo. Sus dos sobrinas mayores, casadas y con varios hijos, vivían fuera de Santiago: una en el Norte —en La Serena—, y otra en el Sur —en Valdivia—. El sobrino menor y su familia vivían en una parcela en Padre Hurtado y doña Felicia, cuando iba a visitarlos, gozaba preparando mermeladas con los frutos que entre todos recolectaban.

Esta vez iba camino a Valdivia, a casa de Susana. La anciana se había preocupado de comprar dos asientos en el bus, porque había convidado al fantasma.

—Te van a encantar los tres niños —comentaba en voz muy baja doña Felicia al invisible Arthur Henry, instalado junto a la ventanilla—. Pero tendrás que tener cuidado con Susana que, aunque encantadora, es una maniática del orden.

—*¡Oh, qué contrariedad! Tendré que cuidar la ceniza de my pipe.*

—No hables tan fuerte, Arthur Henry. Ese señor gordo me ha mirado todo el camino de reajo: debe pensar que yo o él necesitamos un buen siquiatra.

En ese momento el bus entró en Valdivia.

Como siempre que tía Felicia llegaba de visita, Susana había invitado a sus amigas a tomar el té. La anciana esta vez se ofreció para hacer un bizcocho «arena»; Susana aceptó reticente, pues se desesperaba por el desparramo que ésta siempre dejaba en la cocina.

En realidad, tal como Felicia le había dicho a Arthur Henry, Susana exageraba la nota en cuanto a orden: todo tenía que estar impecable y, sobre todo, en su lugar. Llegaba a tanto su afán de limpieza, que los días de lluvia —que eran bastante seguidos en el Sur— la pobre sufría de jaquecas de puro imaginar que los zapatos húmedos le arruinarían el encerado. Sus útiles de aseo —desde la pala hasta el plumero— tenían un manguito tejido a crochet, bordado con la inicial correspondiente y colgados también en su percha correspondiente.

Y como tampoco aceptaba un pelo fuera de su sitio, esa tarde Susana, luego de secar uno a uno los utensilios que la anciana había usado para hacer el bizcocho, partió a la peluquería.

Tía Felicia, ayudada por los niños, puso la mesa: un mantel de encaje y el juego de té, con orilla azul y dorada, que alguna vez usó su abuela.

La anciana dejó el bizcocho sobre la mesa del aparador, en una bandeja de plata redonda.

—¿Irás a quedar para nosotros, tía? —preguntó Margarita, la mayor de sus sobrinas.

—Aunque quede, tú estás a régimen —le respondió de inmediato Sebastián, el menor.

—¡Sebastián, saca tus manos inmundas del mantel! —exclamó Valentina, arreglando las pequeñas servilletas bordadas, con la misma meticulosidad de su madre.

—Sería bueno que fueran a ordenar sus dormitorios, por si una de las amigas de su mamá quiere subir —les recomendó tía Felicia y agregó—: Nosotros vamos a ir, quiero decir voy a ir, a comprar un rollo de películas para nuestro paseo de mañana a Niebla.

Doña Felicia murmuró algo entre dientes, se puso un sombrero de fieltro de ala ancha y tomó su cartera.

—Vuelvo a las cuatro, no toquen nada en el comedor, niños —recomendó antes de cerrar la puerta.

—Tía Felicia está más rara que el año pasado: ¿se han fijado que anda hablando sola? —se rió Margarita, abriendo el refrigerador.

—¡Estás a régimen! —le recordó esta vez Valentina.

—¡Yo sé lo que hago! ¡Hasta cuándo se meten en mi vida! —respondió Margarita, furibunda.

Margarita tenía quince años y aunque era más bien alta, sus sesenta y tres kilos se le notaban.

Se escucharon los pasos de Sebastián que subía con estruendo la escalera, tal como era su costumbre.

—¡Voy a estudiar matemáticas, que nadie me moleste! —gritó antes de cerrar la puerta.

Al poco rato se escucharon unos compases de *rap*.

Abajo, en la cocina, Valentina obligó a Margarita a lavar y secar bien el vaso que acababa de usar, y sólo la dejó tranquila cuando la vio guardándolo en la última repisa del estante. A los pocos minutos seguía los pasos de su hermano menor rumbo al segundo piso.

Cinco minutos más tarde, Margarita entraba también a su dormitorio.

La hora que pasó hasta que Susana volvió con un peinado de globo y una chasquilla en forma de ola a punto de reventar, transcurrió plácida. Los niños se

habían encerrado cada uno en su cuarto. En un momento, uno de ellos bajó en silencio las escaleras y regresó a su dormitorio casi al instante. Luego repitió la operación.

Lo primero que hizo Susana al volver de la peluquería fue entrar al comedor. Entonces su grito superó el volumen de la música de Sebastián.

—¡¡¡¿¿¿Y EL BIZCOCHO «ARENA»???!!!

Como no hubo respuesta, Susana respiró hondo y se dirigió al segundo piso, subiendo las escaleras de dos en dos. Cuando llegó al pasillo que daba a la pieza de los niños, su chasquilla de ola aún se mecía con el impulso de la carrera.

—¿Quién sacó el bizcocho «arena»? —vociferó otra vez. Tres puertas se abrieron y seis ojos asustados la miraron.

Y en ese momento sonó el timbre.

Susana palideció:

—¡Las visitas!

Por suerte no eran las amigas, sino tía Felicia que volvía de sus compras.

—¿Qué te pasa, Susana? —Fue lo primero que dijo al enfrentarse con la cara pálida y la chasquilla curva de su sobrina.

—¡Tu bizcocho... mi bizcocho... el bizcocho!

—*Oh, the cake!*

—*The cake? ¿El bizcocho? ¿Mi bizcocho? ¿Qué pasa con el bizcocho, Susana?* —se confundió doña Felicia, sin entender.

Susana la puso en antecedentes de lo sucedido y la anciana escuchó atentamente. Casi de inmediato volvió a sonar el timbre: esta vez sí que eran las invitadas.

Tía Felicia dejó a su sobrina conversando en el *living* con las recién llegadas, y subió a enfrentarse con los ojos inocentes de sus sobrinos.

Primero visitó el caótico dormitorio de Sebastián, abriéndose paso entre libros tirados en el suelo, una pelota de fútbol, tres poleras arrugadas y una mochila. Bajo la cama asomaba una raqueta de tenis, una zapatilla sin cordón, el mango forrado de una escoba, una *cassette* desenrollada y un *poster* roto.

Arriba de la cama, y entre los cojines de colores, se amontonaban cuadernos, un compás, hojas sueltas de matemáticas con ejercicios a medio hacer y un lápiz rojo..., ¡pero ni una miga de queque!

—¡Yo estuve estudiando toda la tarde, tía Feli! —se disculpó Sebastián, frente al caos de su cama.

La visita al dormitorio de Valentina fue como entrar a una tacita de oro. Todo brillaba ordenado y limpio. Nada había fuera de su sitio, tanto así, que daba la

impresión de que esa habitación no había sido ocupada en meses. Ni una pelusa en el suelo, ni un cuaderno, lápiz ni libro a la vista. Sólo el hundimiento sobre la colcha de la cama indicaba que alguien había estado descansando. Valentina, de pie junto a la ventana, miraba distraída el paisaje.

Doña Felicia murmuró algo sobre el orden de su sobrina, y salió de la habitación. Finalmente entró al dormitorio de Margarita.

Margarita no era ni tan desordenada ni tan maniática. En el escritorio, junto a la radio encendida, se veía un cuaderno abierto, un vaso con restos de bebida, y unas servilletas de papel, arrugadas y húmedas. Algo sonrojada, trató de ocultar, sin éxito, un manual de *Cómo Bajar de Peso sin Dejar de Comer* que había sobre la cama.

Doña Felicia no pidió explicaciones. En los tres dormitorios ya había visto lo suficiente. Y esa tarde, luego de que las visitas se fueron, reunió a la familia y anunció que el misterio del bizcocho desaparecido estaba resuelto.

—¡Tía Felicia! ¿Cómo lo supo? —se admiró Susana. Los tres niños la miraban muy serios. Doña Felicia les devolvió una amplia y cálida sonrisa, para quitar gravedad al asunto, y luego recitó, enigmática:

—*Quien bizcocho quiso comer, algo olvidó devolver.*

Uno de los niños inclinó la cabeza y con voz temblorosa, confesó.

—¡Perdónenme, no me pude resistir! Lo repondré con mi mesada...

La chasquilla de Susana se volvió a agitar y su rostro enrojeció; pero luego la buena mujer se dulcificó al contemplar los ojos sinceros, llenos de lágrimas y arrepentidos de uno de sus hijos.

Entonces tía Felicia, para desesperación de Susana, ofreció:

—De los arrepentidos es el reino de los cielos y de los golosos es el *Green Apple Pie* que yo prepararé para la cena de esta noche. ¿Quién me acompaña a la cocina?

Goloso lector:

¿Cuál de los tres hermanos se había comido el bizcocho? ¿Cómo lo descubrió la tía Felicia?

EL CASO DE LOS ESCRITORES CONFUNDIDOS

Doña Felicia estaba muy emocionada: había recibido una invitación del CENP (Círculo de Escritores de Novelas Policiales) para asistir a la reunión mensual de la asociación. Para ella esto significaba un reconocimiento público de sus habilidades detectivescas. Su única preocupación era no llegar con las manos vacías: ¿esperarían tal vez que ella diera una charla? Lo mejor era prepararse. ¿Pero qué podría decir ella, una detective aficionada, a ese grupo de intelectuales que manejaban la pluma con tanta destreza?

La anciana se paseó nerviosa por su habitación, ensayando un discurso en voz alta.

—*¡Oh, qué discurso tan insulso, my dear!*

Felicia miró hacia el diván. Ahí estaban las manos del fantasma preparando su pipa de la mañana.

—¡Muy fácil es para ti criticar, Williams! Pero soy yo la que tendré que enfrentar al CENP en pleno.

—*Si quieres te acompaño...*

—¡Por favor, no! ¡Ni se te ocurra! —Se asustó Felicia—. Personas acostumbradas a dilucidar enigmas te descubrirían fácilmente, y eso sería un verdadero desastre.

—*¡Oh, qué contrariedad! Te habría ayudado con la palabra justa en el momento preciso.*

—¡Ni hablar, Arthur Henry!

Los cojines del diván se levantaron, libres de peso, y la puerta del closet se abrió. A los pocos instantes el fantasma apareció, vestido con una bata de seda. Entre sus manos largas y transparentes sostenía un pequeño libro, que Felicia miró con curiosidad. Las letras doradas del título se hundían en el cuero arrepujado de las tapas, con el nombre del autor rodeado de finísimas viñetas.

—*Three mysterious cases, by A. H. Williams* —leyó doña Felicia, en un dificultoso inglés—. ¿Tres casos misteriosos? ¿Quién es este A. H. Williams...? ¿No me digas que tú...?

—Yes, dear.

—¿Eres escritor?

—Yes, dear. *Y de los mejores.*

—¿Y cuántos libros has escrito?

—*Uno..., pero vale por cien, modestamente. Si quieres impresionar en tu reunión, te aconsejo que lo lledes.*

—Eres verdaderamente pagado de ti mismo, Arthur Henry —comentó la señora,

enarcando las cejas.

Pero le habló al aire: el fantasma y el humo de su pipa se habían desvanecido.

Con un suspiro, Felicia se sentó sobre la cama a hojear el libro. Las ilustraciones llamaron su atención. Eran trazos a plumilla y cada figura estaba tratada con tal minuciosidad, que la anciana pudo contar hasta el número de botones —veintitrés— del largo vestido de una mujer tendida en el suelo.

A las cinco de la tarde, doña Felicia subía las escaleras de la enorme casa donde se llevaría a efecto la reunión. Cuando entró a la sala, ya estaban todos alrededor de la mesa, en cuyo centro se destacaba un hermoso arreglo de flores secas.

De inmediato, se levantó una mujer delgada y distinguida que, con un timbre de voz bajo, la saludó presentándola al resto de los asistentes.

Doña Felicia, apretando entre sus manos la cartera con el libro de Arthur Henry Williams, tomó asiento entre dos voluminosas rubias que le sonrieron con cordialidad. Frente a ella estaban un hombre flaco y huesudo y una anciana con sombrero, que susurraba en francés a su vecina, una escritora con cara de laucha.

—Silencio, por favor, que vamos a comenzar la reunión —pidió la presidenta, con tono severo, acallando de inmediato las conversaciones—. La señora Felicia Norambuena, nuestra invitada de hoy, tiene la palabra.

Ella, bastante nerviosa y sin saber cómo empezar, sacó su librito de la cartera.

—Les traje una pequeña joya bibliográfica, escrita en Inglaterra a fines del siglo XIX.

—¡Fines del siglo XIX, qué época tan romántica! —exclamó el flaco, maravillado. Sus ojos se vieron enormes tras los cristales de aumento.

—Yo no me voy a poner a leer en inglés a estas alturas —cuchicheó la señora del sombrero a su vecino, un barbudo de aire displicente.

—Silencio, por favor —insistió la presidenta, fulminando con la mirada el lugar de donde venían los susurros. La escritora con cara de laucha dio un salto en la silla y se puso colorada.

—¿Alguien aquí podría traducir del inglés al castellano? Sería interesante que ustedes conocieran el prólogo de este libro: es un manual de instrucciones para escribir una novela de misterio perfecta —pidió doña Felicia, paseando su mirada alrededor de la mesa.

—Si fuera en francés... —susurraron la señora del sombrero y la con cara de laucha.

—Si fuera en alemán... —murmuraron una de las rubias voluminosas y la presidenta.

—Tal vez yo..., ¿o no? —insinuó con timidez la otra escritora rubia, moviendo su larga melena ondulada de un lado para otro.

—Yo lo leo, si quieren —habló por primera vez una mujer de gestos nerviosos.

En eso se abrió la puerta y entró, pidiendo disculpas, una escritora narigona, de expresión alegre y gestos atarantados.

—Perdón, pero me atrasé en mi taller literario...

Un atento escritor moreno, de cara sin edad, le cedió su silla y salió de la sala en busca de otro asiento.

La interrupción fue aprovechada por todos para hojear el libro.

—¡Qué preciosa edición! ¡Si parece un incunable! —exclamó el escritor flaco y huesudo.

—Difícil, los incunables son libros publicados antes del siglo XV, y éste, por lo que vi, es de fines del XIX —corrigió el hombre de barba, con voz displicente.

—Déjenme verlo —dijo una escritora menuda, de ojos azules y cara de hada.

El libro pasó al otro extremo de la mesa. Doña Felicia miraba un tanto asustada las numerosas manos que daban vueltas una y otra vez las finas páginas del libro. ¡Si llegaba a romperse una sola hoja, Arthur Henry Williams no se lo perdonaría!

—¡Huy! Este libro sería impagable para mis talleres literarios. ¡Si en este prólogo está todo, todo, todo! —exclamó muy fuerte la mujer narigona.

—¿Qué otras cosas ha escrito este Arthur Henry Williams? —preguntó la señora con cara de hada—. Yo que sé bastante de literatura inglesa del siglo XIX no lo había oído nombrar nunca. Me gustaría mucho estudiarlo —concluyó, mirando fijamente a Felicia con sus penetrantes ojos azules.

Doña Felicia se movió incómoda en la silla y en ese momento habló la presidenta:

—Bueno, ¿vamos a leer o no el prólogo? Acuérdense que después tenemos que fijar la fecha de entrega de los cuentos de la antología.

—Yo lo tengo listo —dijo la escritora con sombrero de ala ancha.

—¿Y cómo se va a llamar el libro? —se atrevió a preguntar la cara de laucha, enrojando con violencia.

—*Cuentos Cortos Para Misterios Grandes* —dijo la presidenta—. Eso quedó dicho el mes pasado. ¿Por qué nunca prestan atención?

—Estoy corto de ideas para los grandes misterios —bromeó el barbudo.

La narigona de los talleres literarios lanzó una carcajada que sobresaltó a doña Felicia.

—Bueno: ¿leo entonces el prólogo? —preguntó la que sabía inglés.

—Sí, por favor —dijo doña Felicia buscando el libro con la mirada.

—Pásenle el libro —reclamó el escritor moreno y sin edad, que se había sentado junto a la que iba a leer en inglés.

Hubo un largo silencio.

—Bueno ¿y? —Apuró la presidenta.

—¿No lo tenías tú, recién? —se extrañó el barbudo.

—¿Yo? Cuando fueron a buscar otra silla y todos se pusieron a conversar, te lo pasé a ti —corrigió la presidenta, indicando a la rubia gordita y de pelo corto.

—Sí, y yo lo pasé al frente —respondió ella muy calmada, mirando a la cara de laucha.

—Y yo a él —se defendió ésta, enrojeciendo otra vez hasta las orejas.

El aludido, que era el flaco anguloso, pestañeó asustado:

—Yo me quedé con las ganas de hojearlo, porque otra persona me lo arrebató. Creo que fuiste tú —concluyó, indicando a la de las carcajadas.

—Pero si yo... ¡ay!, ni me acuerdo en qué momento lo hojeé. Lo que sí me acuerdo es de las ilustraciones... ¡eran una maravilla! —contestó ella, sonriéndole a doña Felicia.

—Bonitas o feas, ya es tiempo de que aparezca el libro —dijo el de barba—. Yo debo irme pronto, pues tengo que dar una charla en un colegio.

—Y yo tengo hora al doctor —dijo la que iba a leer. Y añadió en voz baja a su vecina de ojos azules—: Me han dado dos taquicardias esta semana.

Doña Felicia sintió que la situación se prolongaba demasiado. Ya era tiempo de que el libro regresara a sus manos.

—Señores —dijo con la voz más educada que le fue posible—: si alguien necesita el libro, no tengo ningún inconveniente en prestárselo, pero creo que ésta no es la mejor manera de pedirlo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó la presidenta—. Les pido por última vez que busquen bien... ¡yo ya he revisado todo lo mío! Es una edición tan pequeña que puede estar debajo de cualquier papel: ¿revisaste entre tus libros? —preguntó, dirigiéndose al hombre de barba, que tenía un montón de sus obras frente a él.

—Por supuesto que revisé —respondió éste, molesto.

—¡Qué terrible! ¡Un libro inglés tan antiguo! —exclamó la escritora con cara de hada madrina.

—¡Y con ilustraciones tan minuciosas! —La apoyó el joven flaco.

—Y con un prólogo tan interesante, como dijo ella. —La rubia de pelo corto

indicó a la escritora de las risotadas.

La cara de laucha parecía más asustada que nunca. La que estaba con taquicardia sacaba un remedio de su cartera. La rubia de pelo largo movía la cabeza de un lado a otro. El moreno impenetrable miraba la lejanía de las paredes. La señora del sombrero cuchicheaba a sus vecinas por turnos. La de los talleres literarios y las risas emitía exclamaciones para ella misma.

Pasó media hora y el libro no apareció. Doña Felicia dijo, diplomáticamente, que el asunto no era tan grave, que el libro ya se encontraría, y se retiró, un poco pálida. Dejó atrás la sala, donde la voz de la presidenta se alzaba por sobre las demás.

Apenas Felicia llegó a su casa, el fantasma se precipitó escaleras abajo, dejando una blanca estela en el aire.

—*¿Qué tal mi libro, tuvo éxito?*

—¡Demasiado! —respondió doña Felicia en tono lúgubre y se dejó caer en un sillón de la sala.

Arthur Henry Williams encendió la pipa y se sentó en el diván.

—*Explícate.* —La voz del fantasma resonó, severa.

—A alguien le gustó demasiado tu libro, Arthur Henry, y se lo apropió.

—*¡Ya me lo temía! Hasta yo lo habría hecho... ¡Te dije que mi libro era una obra de arte!*

—Yo lo encuentro muy mal hecho, mi querido fantasma, y me desilusiona que lo tomes con tanta ligereza —replicó Felicia, respirando fuerte y muy alterada—. ¡He pasado una tarde horrible!

—*Do not worry, my dear... y ahora dime: ¿quién lo tiene?*

Doña Felicia sonrió. Se sintió halagada por la confianza que el fantasma tenía en sus dotes deductivas.

—*Quien dice no ver, pero ve mucho, que no hable tanto ni se haga el cucho* —dijo doña Felicia, con el índice en alto.

Esa misma tarde, doña Felicia y Arthur Henry Williams visitaron a uno de los escritores. Luego de media hora de conversaciones y de uno que otro objeto desplazado de su lugar, la persona devolvió *Three mysterious cases* en medio de temblorosas disculpas.

Querido lector:

¿Tú también descubriste quién se había quedado con el valioso libro de Arthur Henry Williams? Si no fuera así, lee la solución en las últimas páginas.

EL CASO DE LA CASA DE CAMPO AMARILLA

Doña Felicia y Arthur Henry Williams se habían ido a pasar unos días de verano a Frutillar. El fantasma se sentía muy a gusto en esa gran casona de maderas amarillas, techos altos y ambiente silencioso.

Por su lado, a doña Felicia nada podía gustarle más que las mermeladas de murta que preparaba *Frau Helga*, la gorda, rubicunda y alegre dueña de la pensión *Mein Gelbes Landhaus*: La casa de campo amarilla.

El ambiente era familiar. Se almorzaba al aire libre, bajo los árboles, todos en la misma mesa cubierta por un impecable mantel a cuadros azules y blancos. La mantequilla y el pan amasado nunca faltaban, y los postres eran realmente deliciosos. Era una pena, pensaba doña Felicia, que Arthur Henry fuera tan fanático y se negara a la comida que no fuera inglesa.

Doña Felicia, luego de tragar el último trozo de pastel cíe fresas, suspiró con agrado. A su lado, un señor de unos cincuenta años sacó de su bolsillo un puro y le preguntó con tono amable:

—¿Le molesta el humo, doña Felicia?

—No, en absoluto: mi marido era un gran fumador —respondió ella.

—¿Y a usted, señora Fonk?

La señora aludida era alta, de mentón fuerte y nariz aguileña. En esos momentos miraba, reprobadora, a su marido. Éste parecía extasiado en la contemplación de dos jóvenes muchachas en traje de baño que se asoleaban en sus sillas de lona, unos metros más allá. Al parecer, no había escuchado la pregunta, porque no respondió.

El señor Donoso entonces sacó de su bolsillo un puro y un encendedor de oro. Cuando lo hizo funcionar se escucharon unos compases del *Danubio Azul*.

—¡Qué locura de encendedor! —comentó Patricia, una de las jóvenes muchachas desde su silla de lona—. ¡Es onda retro, típico de los años sesenta!

—Es suizo. Me lo regalaron en la oficina cuando cumplí veinticinco años de trabajo —respondió él, orgulloso.

La segunda muchacha, Carolina, estiró sus largas piernas y se levantó, acercándose a la mesa. Lucía unos *shorts* cortitos y una melena rubia a lo Marilyn Monroe.

—Déjeme verlo, por favor. Mi pololo tenía uno parecido... ¡pero sin música!

La señora Fonk contempló el encendedor a través de la mesa con una ceja en alto. Su marido comentó en tono chistoso:

—Sería el encendedor que yo tendría... ¡si me dejaran fumar!

—¿Si te dejaran fumar? ¡Tú haces lo que quieres, Enrique!

—¡Ha, ha, ha!

—¿Qué fue eso? —Saltó la señora Fonk—. ¿Te estás riendo de mí, Enrique?

—¡Jamás, querida! ¡Yo no he abierto la boca!

Se produjo un silencio y la señora Fonk miró para todos lados. Felicia, tensa, hablaba entre dientes. Entonces *Frau* Helga ofreció más *kuchen* y pidió, con una sonrisa:

—¿Sería posible que nos hiciera escuchar de nuevo ese vals, *Herr* Donoso?

El señor Donoso, muy amablemente y con gesto teatral, hizo chasquear la piedra del encendedor y, como quien levanta una antorcha, mostró la llama encendida, mientras tintineaba el vals de Strauss.

Frau Helga cerró los ojos y llevó el compás en el aire con sus manos gordas y rosadas.

Carolina miraba la débil llama con una estudiada sonrisa de actriz de Hollywood. En cuanto al matrimonio Fonk, ella fruncía el ceño y apretaba los labios y él, dicharachero, tarareaba la melodía en tono nasal.

En esos momentos irrumpió en el jardín un joven de *jeans* desteñidos, camisa negra, cabellos muy cortos y un pendiente colgando de un lóbulo. Patricia, aún tendida al sol, levantó la mano a guisa de saludo.

—¡Fuiiiii! —Silbó admirativo el recién llegado—. ¿Y esa maravillita?

—¿Te gusta, ah? —dijo el señor Donoso, complacido, mientras cerraba el encendedor y lo dejaba sobre la mesa, junto a su servilleta.

—Aunque su uso es nefasto, reconozco que como objeto es hermoso —dijo entonces la señora Fonk, sin abandonar su tono severo—. Tengo algunos clientes que pagarían muy bien por ese objeto.

—¿En qué trabaja usted, señora? —se interesó el joven del pendiente.

—Anticuaria. —Fue la seca respuesta.

El joven se levantó de hombros y se fue a instalar junto a Patricia, sentándose en cuclillas en el pasto.

El señor Donoso disimuló un bostezo.

—Parece que me voy a ir a dormir siesta a la hamaca... ¡si es que nadie más la va a ocupar! —comentó. Y como nadie le respondiera, estiró sus brazos y se encaminó al fondo del jardín.

—Bueno, como ustedes saben, las tardes de los lunes se enceran los dormitorios. —*Frau* Helga levantó una bandeja con platos sucios y haciendo venias con su cabeza rubia, se despidió: *Bitte, bitte*. ¡Que tengan una agradable tarde!

Doña Felicia se quedó rígida en su silla, porque sintió la presencia de Arthur Henry Williams tras ella.

El matrimonio Fonk dobló con cuidado sus servilletas y también se retiró. Doña Felicia alcanzó a oír un trozo de conversación, antes de que desaparecieran por la puerta vidriada que daba al salón.

—Yo voy a caminar un poco, ¿quieres acompañarme?

—No, querido, pienso ir a Llanquihue a visitar el famoso molino de agua *Die Wasser Muhie*. Leí que lo van a transformar en museo...

Doña Felicia recordó la rueda de paletas de madera donde antiguamente caía un caudal de agua y susurró al fantasma:

—¿No te gustaría conocer ese antiguo molino?

—*No, porque a menos que tú, my dear, tengas auto, tendríamos que ir con ella...*

—¿Nos decía algo, doña Felicia? —preguntó Patricia, que abrazada por la cintura al joven del pendiente se había acercado a la mesa y jugueteaba con las migas que había sobre el mantel.

—¿Piensan ir a bañarse, jóvenes? —contestó ella, rápida, con otra pregunta.

—¿Al lago? ¿Bañarse? No sée... —Carolina, lánguida, tomó un sorbo de jugo que aún quedaba en su vaso—. ¡Anoche estuvimos hasta las cuatro conversando! ¡Merezco una siesta! —concluyó antes de partir al interior de la casa.

Patricia y Roberto se besaron con todo desparpajo.

—*¡Eeejeeemmm!*

Pero esta vez, salvo doña Felicia, nadie escuchó.

La pareja de enamorados se retiró entre arrumacos, diciendo que bajarían al lago. La anciana quedó sola.

En el centro de la mesa brilló el encendedor del señor Donoso.

Doña Felicia pensó guardarlo, pero en ese momento se sintió tironeada por el codo:

—*Prometiste acompañarme al cementerio de Frutillar. Ahí están enterrados unos colonos alemanes que conocí a principios de siglo... Mientras yo busco las lápidas, tú gozarás, dear Felicia, de la wonderful vista a la bahía.*

Doña Felicia, ante la entretenida perspectiva —visitar un cementerio acompañada de un fantasma— olvidó el encendedor y cogió su cartera que colgaba del respaldo de una silla. Luego partió conversando entre dientes hacia el centro de Frutillar en busca de un taxi.

En tanto, en el jardín, alguien que no era el señor Donoso se acercaba a la mesa y

cogía el encendedor.

A las siete de la tarde, en la residencial de *Frau* Helga las voces de los pasajeros se elevaban en una acalorada discusión: el encendedor del señor Donoso había desaparecido.

—Se me quedó arriba de la mesa, ¡estoy seguro! —afirmaba el solterón.

—Así es; yo lo vi cuando Arthur, eh, quiero decir cuando decidí partir al cementerio. Brillaba junto a la servilleta.

Siete personas clavaron sus ojos en doña Felicia.

—O sea que usted fue la última en verlo —dijo la señora Fonk. Y después de unos instantes añadió—: ¿Y cómo no se le ocurrió entregárselo a *Frau* Helga para que lo guardara?

—Sí, lo pensé, pero... —Doña Felicia se dio cuenta de que estaba dando explicaciones y cambió de tono: ¿Está acusándome?

La señora Fonk frunció los labios y su marido respondió por ella:

—¡Por favor, doña Felicia, no se ofenda! Solamente estamos tratando de ayudar. ¿A qué hora dejó usted el jardín?

—Exactamente a las tres y media. Y el encendedor, repito —añadió doña Felicia dirigiéndose a la señora Fonk—, estaba entonces sobre la mesa. Y ahí quedó.

—¡Oh, Dios! —exclamó *Frau* Helga, más colorada que nunca—. Jamás había pasado algo así en *Mein Gelbes Landhaus*. Todo mi personal es de mi absoluta confianza y además puedo asegurar que entre las tres y media y las siete estaban todos atareados dentro de la casa.

—¿Puede usted asegurarlo? —preguntó doña Felicia, muy seria.

—Sí, puedo asegurarlo. Yo estuve todo el tiempo en el segundo piso con mis tres muchachas.

—Lo que es yo, me fui a Llanquihue a visitar el molino de agua —dijo la señora Fonk, sin que nadie le preguntara— y también visité la poza Loreley.

—Yo caminé por la costanera durante una hora y luego entré a tomar té a la residencial de su sobrino, esa que tiene el jardín lleno de begonias —explicó el señor Fonk, dirigiéndose a *Frau* Helga, que aprobó con la cabeza.

—Y nosotros, los superdeportistas, mientras la floja de mi amiga descansaba en su camita y soñaba con su Juanjo, nadamos e hicimos esquí. —Patricia abrazó a Roberto.

Carolina estiró los brazos y dijo en tono perezoso:

—¡Así es! ¡Pero ahora estoy lista para otra fiesta esta noche!

El muchacho, como si la situación fuera muy divertida, lanzó una carcajada y sacudió sus cabellos —igual que un perro mojado—, salpicando con gotitas a la señora Fonk.

—*Oh, bella inconsciencia de la juventud...*

—¿Cómo dijo? —preguntó *Frau Helga* al señor Fonk.

—¿Yo? —contestó éste, sorprendido.

—¿Y usted, desde su hamaca, no vio nada, señor Donoso? —Rápidamente doña Felicia cambió de tema.

—Yo cuando duermo, duermo; para ventura o para desgracia —respondió, abatido.

—O sea, tiene el sueño bien pesado. —Acotó la señora Fonk, sacudiendo agua de su blusa, con gesto de fastidio.

En ese momento el señor Donoso se puso de pie para dirigirse a la dueña de la pensión:

—Lo siento mucho, *Frau Helga*, pero mi encendedor *tiene* que aparecer.

—Aparecerá. Yo sé quién lo tiene —dijo doña Felicia.

—*Y yo también* —susurró el fantasma en la oreja de la anciana.

—Y no sólo sé quién lo tiene, sino que... —doña Felicia elevó su voz— estoy segura de que la persona que cogió el encendedor lo va a devolver. Porque *quien dice hacer lo que no pudo hacer, sólo cumple un sueño: la música encender*. —Y agregó, en tono firme—: Señor Donoso, le rogaría que esperáramos hasta mañana.

Tal como dijo doña Felicia, el encendedor apareció. Y no fue necesario esperar hasta el día siguiente: una hora más tarde, cuando todos, cabizbajos y silenciosos, se sentaban a comer, el señor Donoso lanzaba una exclamación de alegría.

Y no era para menos: el encendedor de oro estaba bajo su servilleta.

Querido lector:

El señor Donoso se contentó con recuperar su encendedor. La persona culpable se sinceró con doña Felicia y se mostró arrepentida. *Frau Helga* sintió un gran alivio.

¿Quién había sido el culpable? Si aún no lo sabes, pasa a las páginas de las soluciones.

EL CASO DEL ADMIRADOR ANÓNIMO

Catalina estaba alojada desde hacía un mes en casa de doña Felicia. Había llegado de Concepción a estudiar arquitectura a Santiago y era nieta de una gran amiga de la anciana. Era una niña encantadora además de bonita, y ya en el corto tiempo que llevaba de clases tenía una corte de admiradores. El único un tanto molesto con Catalina era Arthur Henry Williams, ya que los infinitos llamados por teléfono y las largas conversaciones mezcladas con risitas y carcajadas que la muchacha sostenía a diario lo ponían de muy mal humor. Como buen fantasma viejo que era, aborrecía el bullicio.

—Paciencia, *dear* Arthur —dijo Felicia esa noche, mientras Catalina emitía unos grititos de alegría por el teléfono—. ¿Nunca fuiste joven, acaso? Por lo demás, ella se irá en una semana más: ya encontró una pensión a su gusto.

El fantasma, por toda respuesta, cerró la puerta del *closet*.

—¿Qué fue eso? ¿Se le cayó algo, tía Felicia? —preguntó Catalina asomando su cabeza castaña y brillante.

—Sí, un zapato —replicó la anciana, invitándola a pasar.

—¡Estoy tan emocionada! —comentó la joven, al tiempo que se sentaba en el diván verde, junto a la cama—. No sabe lo que me ha pasado...

—Cuenta, querida, cuenta...

—Esta mañana a las once, cuando usted salió a comprar, tocaron el timbre. Fui a abrir y no había nadie, pero sobre el felpudo encontré esto. —Catalina sacó del ajustado bolsillo de su *jeans* un sobre doblado en cuatro—. ¿Sabe lo que es? —Continuó con los ojos brillantes y extendiendo la carta a la anciana—: ¡Un anónimo de un admirador secreto! ¿No lo encuentra fascinante?

Doña Felicia examinó el sobre y, sacando del interior un papel blanco, leyó:

Catalina:

Eres la armonía misma, la luz que ilumina los espacios oscuros.

La perfección de las líneas, la construcción perfecta.

Por eso te amo.

—Se nota que el joven estudia arquitectura —sonrió doña Felicia, palpando distraídamente una tenue huella digital azul en el borde del papel.

—Sospecho de cuatro compañeros, tía Felicia, pero mi sueño sería que fuera... —Y Catalina suspiró, cerrando los ojos.

—¡Ayyy, no sabes lo que me rejuvenece estar contigo, querida! Me acuerdo de cuando yo tenía diecisiete años y un admirador anónimo me envió rosas rojas durante largo tiempo...

—¿Y descubrió quién se las mandaba? —preguntó Catalina, dando un saltito en la cama.

—¿Me creerás si te digo que nunca? —Doña Felicia miró al vacío con los ojos entrecerrados.

—Lo que es yo, tía Felicia, me he propuesto descubrirlo —sentenció la joven.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —dijo la anciana, saliendo de su ensoñación.

—Transformándome en detective, igual que usted. Pero para eso... necesito reunir a los sospechosos y hacerlos hablar... —Los ojos de Catalina brillaban y su voz se hizo confidencial—: Mañana mismo los voy a invitar al casino y...

—¿Y por qué no los invitas a tomar té acá, querida? —Se entusiasmó doña Felicia—. Puedes encender mi aparato de música para dar más ambiente. Tengo unos boleros de Lucho Gatica, unos tangos de Gardel y un disco de los Beatles.

Catalina lanzó una carcajada:

—¿Y usted conoce a los Beatles?

—Tú no nacías, hija, cuando yo ya era fanática de Ringo Starr.

—Usted es un amor, tía Felicia. ¡Acepto! —exclamó la muchacha, dando un beso a la anciana en la mejilla. Y salió disparada a hablar por teléfono.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, doña Felicia entraba en el living con una bandeja llena de vasos con jugo de naranja.

Cuatro muchachos se pusieron de pie para saludarla.

—Gracias, tía, para qué se molestó —dijo Catalina, apresurándose a recibir la bandeja.

La anciana saludó con amabilidad a los cuatro jóvenes, los animó a poner un disco y se retiró discretamente. Cuando llegó a la cocina se enfrentó al fantasma, que se había encerrado en un hosco mutismo.

—Mira, Arthur, yo no voy a cambiar mi manera de ser porque vivo contigo. A mí me gusta la gente joven y seguiré invitando a mi casa a quien me plazca.

Silencio...

—¿Escuchaste lo que te dije, Arthur?

Una mano se hizo visible e hizo un ademán displicente.

—No seas infantil, Arthur Henry. Podrías ayudarme, en cambio. Se necesitan unos oídos invisibles en el living...

De inmediato el fantasma se materializó y su bata de seda brilló bajo la luz de neón

de la cocina.

—¿Cuál es tu idea, dear?

—Ayudar a Catalina —respondió Felicia.

Nadie notó el leve hundimiento en uno de los cojines del sillón. En ese momento Catalina proponía un juego a sus amigos, que la contemplaban embelesados.

—¿Juguemos a la Verdad?

Los cuatro la miraron extrañados. Rodrigo, un rubio delgado y de pelo lacio, se estiró en el sillón y le preguntó:

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber en qué mujer estaban pensando ustedes ayer en la mañana, eh, por ejemplo... a las once. —Catalina puso cara de seria.

—¿A las once? A esa hora yo no pensaba en una mujer sino en un hombre: en Le Corbusier. Estaba inclinado sobre mi maqueta, pegando un techo alado de cartón sobre una iglesia —dijo Rodrigo, con tono docto.

—Yo ayer a las once, mientras hacía la cola para inscribirme en el Registro Electoral, pensaba en dos mujeres y dos hombres, o sea, en los candidatos a alcalde que se presentan en mi comuna —siguió Diego, acariciando su barba incipiente.

—¡Vamos bien! ¡Hasta el momento nadie pensaba ayer en ti, Catalina! —Rodrigo lanzó una carcajada.

—Yo estoy segura de que alguien ayer a las once pensaba en mí. —Lanzó Catalina, coqueta y desafiante.

—A mí no me mires, Cata —dijo Alejandro, el más fornido—. Yo ayer a las once estaba con todos mis sentidos puestos en una mujer sensacional. ¡Tu rival, Catalinita!

—¿Mi rival? ¿Desde cuándo tengo rivales, Alejandro? —preguntó ella.

—¡Desde que conocí a la Marilyn Monroe! Ayer me pasé toda la mañana pintando su rubia cabellera directamente en la puerta de mi closet.

Catalina hizo un gesto despectivo a Alejandro y fijó su atención en el silencioso Arturo.

—Por favor, Arturo, contéstale que pensaste en ella —rogó Alejandro, juntando sus manos y agregó—: ¡Para que no le venga una depresión!

—¡Es un juego serio, Alejandro! —Se enojó Catalina.

—Yo en realidad estuve pensando en ti, Catalina —dijo Arturo con voz firme, pero poniéndose colorado—, ya que me dediqué a corregir en la computadora el escrito que hicimos juntos para el taller de urbanismo.

—¿Tuviste que corregir mucho? —Se preocupó Catalina, olvidando por un momento el juego de la Verdad.

—Bastante —respondió Arturo, con cara compungida.

Catalina miró a sus cuatro amigos, examinándolos uno a uno.

—Oye. ¿Qué bicho te ha picado, Cata? ¡Estás muy rara! —dijo Diego.

—Dejémonos de tonterías y pongamos música. ¿Dijiste que tu tía tenía discos? —preguntó Alejandro, pronunciando mucho la última palabra.

Los muchachos se acercaron al viejo tocadiscos y continuaron conversando, escuchando tangos y boleros, haciendo bromas y riendo hasta la hora de comida.

En la noche, doña Felicia interrogó a la muchacha:

—Bueno, Catalina, cuéntame, ¿descubriste quién era tu admirador anónimo?

—¡Ay, no, tía Felicia! Por más que los interrogué, no llegué a ninguna conclusión —respondió ella, decepcionada—. ¡No sirvo para detective!

—¿Y si yo te dijera que sé cuál de ellos fue? —preguntó la anciana, con gesto pícaro.

—¿Usted? ¡Pero si ni siquiera los escuchó hablar! —se extrañó la joven.

—Bueno, es que Arthur estaba..., es decir, un amigo mío que se llamaba Arthur siempre me decía que para estar, o sea, para ayudar...

Catalina frunció el ceño y miró a doña Felicia con recelo. Nunca había dado importancia a las conversaciones en voz alta que la anciana sostenía consigo misma, pero ahora... ¡estaba diciendo puras incoherencias!

—Déjame explicarte, querida... —se apresuró a rectificar doña Felicia—. Mientras preparaba la cena tenía la puerta de la cocina entreabierta y, por pura casualidad, oí parte de una conversación. Tú los estabas interrogando y cada uno de ellos te decía lo que había hecho la mañana anterior. Bueno, querida, luego de escucharlos y de haber leído la carta... ¡es obvia la identidad del autor!

Como Catalina la seguía mirando, muda y con los ojos muy abiertos, la anciana recitó:

—*Quien, frases de amor quiera cantar, tenga a bien su huella ocultar.*

El rostro de la joven se iluminó:

—¡Por supuesto! ¡Cómo no lo pensé antes! ¡Y es justo el que yo quería que fuera! Tía Felicia, ¡usted es un genio! —La muchacha dio un salto y abrazó a la anciana—. Y yo que casi pensé que usted se estaba volviendo loca... —agregó, con franqueza.

—Loca no, pero genio tampoco. Porque esta vez, sin la ayuda de Arthur... doña

Felicia dejó la frase sin terminar.

Catalina la miró de reojo y, levantándose de hombros, suspiró y salió corriendo del cuarto: tenía que hacer un llamado urgente por teléfono.

Estimado lector:

¿Cuál de los cuatro muchachos había escrito el anónimo y cómo lo supo doña Felicia? ¡Esta vez es muy fácil!

EL CASO DE LAS DOS CARTERAS

Esa mañana de sábado, doña Felicia, después de dar muchas vueltas, logró encontrar un lugar donde estacionar el Oldsmobile. Luego de una complicada maniobra, durante la cual alcanzó a rozar el parachoques del auto contiguo, detuvo el motor y anunció a su acompañante:

—¡Listo, Arthur, hemos llegado!

Momentos después la anciana y el fantasma entraban al centro comercial que a esa hora bullía de gente.

—¿Qué hacemos? ¿Miramos vitrinas o nos tomamos un café? —preguntó doña Felicia aspirando el aroma a café recién molido que se respiraba en la galería.

—*Un jugo, please.*

Entraron a una elegante cafetería, con sillas de Viena lacadas de blanco y mesas con manteles estampados en rosa y verde.

—¿Qué se va a servir, señora? —preguntó un mozo de corbata de humita verde y chaqueta roja.

—Para mí... un capuchino, por favor. Y para... mí, también, un jugo de...

—*Pamplemousse.*

—¿Cómo dijo, señora? —preguntó el mozo, confundido.

Doña Felicia enronqueció su voz:

—Jugo de pomelos, por favor.

—No tenemos pomelos, solamente naranjas.

—*¡Oh, qué contrariedad!*

El mozo se sobresaltó y la anciana se apresuró en responder:

—¡Es una contrariedad, pero traiga naranja!

Cinco minutos después, doña Felicia bebía con deleite un cremoso café. Frente a ella disminuía lentamente el contenido del vaso de jugo. El local estaba repleto y las voces de la anciana y el fantasma se confundían en el barullo.

En la mesa del lado, dos señoras muy elegantes se concentraban en unas gloriosas copas de helados, llenas de frutas, chocolate y una crema que se deslizaba por los bordes. De tanto en tanto intercambiaban unas frases, pero luego volvían a su festín. Sus carteras colgaban en los respaldos de las sillas y doña Felicia, distraída, se detuvo en la contemplación de una de ellas: era un rectángulo de cuero de cocodrilo café oscuro, con un fino cierre dorado en forma de estribo.

Ya el mozo había traído la cuenta y doña Felicia hurgó en el desorden de su bolso. Sacó su billetera y colocó un billete sobre la bandejita de plaqué. En ese momento,

una mujer de gran cabellera rubia y crespa pasó muy de prisa entre la mesa de la anciana y la de las dos señoras que terminaban sus helados.

—¡La cartera!

El grito de Arthur Henry Williams hizo que todas las mujeres del local buscaran sus bolsos. E inmediatamente resonó otro grito, pero esta vez de una voz femenina:

—¡Mi cartera! ¡Mis documentos! ¡Mi chequera! ¡Persigan a esa mujer rubia! — Una de las vecinas de mesa de doña Felicia se había puesto de pie, y con el rostro descompuesto, señalaba hacia la puerta.

—¡Arthur, ésta es labor para ti! ¡Actúa! —ordenó la anciana.

Luego doña Felicia se puso de pie, tranquilizó a sus vecinas de mesa y salió disparada hacia la galería.

La carrera del fantasma apartaba a la gente con invisibles empujones. Doña Felicia corría detrás y recibía los improperios de las personas pasadas a llevar.

—¡Atajen a la rubia con dos carteras! —gritaba doña Felicia, seguida por tres mozos de chaquetas rojas y humitas verdes.

En ese momento la rubia entraba en unos grandes almacenes, atestados de compradores.

Doña Felicia y los tres mozos ingresaron también al lugar. En la entrada se encontraron con una promotora de perfumes de minifalda blanca, que agitaba una cartera en su mano, con aire desconcertado.

—¡Esa señora rubia se tropezó con algo al entrar, dejó caer esta cartera y siguió corriendo! —decía con grandes aspavientos.

—¡Pero ésa no es la cartera de piel de cocodrilo! ¡Te equivocaste, Arthur Henry! ¡Es la cartera de la ladrona! —exclamó furiosa doña Felicia, contemplando el bolso negro, que extendía la muchacha.

—¡Señora, cálmese; yo no tengo nada que ver con esto; sólo me limité a recogerla! La promotora creyó que la anciana la increpaba a ella.

Pero en ese momento llegaron los guardias de seguridad del centro comercial y se hicieron cargo de la cartera. Doña Felicia se acercó a uno de ellos y le dijo algo al oído.

—Bien, señora. Puede venir con nosotros —contestó el hombre.

Diez minutos después, dos guardias, un detective, doña Felicia, la víctima del robo y su amiga, el dueño de la cafetería y un fantasma silencioso examinaban el contenido del bolso negro, esparcido sobre una mesa.

Había un estuche lleno de cosméticos, una billetera con unos pocos pesos y dos fotos de la rubia en traje de baño, acompañada de un hombre en *shorts* floreados, un

recibo por cambio de tapillas de un zapatero de Providencia, un boleto del metro y tres cartas cerradas. Mientras el inspector examinaba las fotos con una lupa y el guardia anotaba la dirección del zapatero que estaba en la boleta, doña Felicia tomó los tres sobres.

Eran tres cartas cerradas: la primera, escrita con letra imprenta, tinta azul y matasellos tan negro que ocultaba la imagen de la estampilla, estaba dirigida a *Norma del Carmen Valdebenito, Carlos Silva Vildósola 4032, Block C, Depto. 201, La Reina*. La segunda, escrita a máquina y dirigida a *Gloria Pizarro, Nueva de Lyon 17, Depto. 303, Santiago*, estaba arrugada y con una pequeña mancha de aceite, pero con la estampilla de Gabriela Mistral sin timbrar y cuidadosamente colocada en una esquina. En el tercer sobre, escrito también a máquina, se leía *María Isabel Cornejo, Carlos Silva Vildósola 2490, Santiago*. Este sobre tenía su estampilla recién puesta y una indicación escrita con plumón rojo que decía: EXPRESA.

—Señora —dijo doña Felicia, agitando los tres sobres cerrados en su mano y dirigiéndose a la víctima del robo—, recuperará su cartera y sus documentos. *Hay líneas que matan y que al ladrón delatan*. ¡Ya sé dónde encontrar a la mujer rubia!

Y, como siempre, doña Felicia estaba en lo cierto.

Esa noche, Arthur Henry Williams, fastidiado porque en vez de un reconocimiento por su papel en el caso, sólo había recibido reproches, se encerró con llave en el *closet*. La anciana demoró varios días en convencerlo de que se dejara de tonterías y saliera de allí. Lo reconquistó con una taza de buen té inglés y unos *waffles* con miel.

Amable lector:

¿Tú también descubriste, a través de los sobres, la identidad de la culpable?

EL CASO DE LAS CUATRO VIUDAS

El famoso inspector santiaguino Heliberto Soto llegó a visitar a doña Felicia en su casa de Ñuñoa. Y con voz grave y un leve bailoteo de sus grandes orejas anunció el motivo de su presencia:

—Tengo un caso difícil entre manos, mi estimada amiga, y creo que usted es la persona indicada para ayudarme.

Doña Felicia, con los ojos brillantes, terminó de servir la taza de té inglés que había preparado para el inspector, y se acomodó a escuchar, junto a Arthur Henry Williams, en el sofá azul.

—Inspector, somos todo oídos..., quiero decir, soy toda oídos —dijo la anciana.

—Se trata de lo siguiente —dijo el inspector, girando sus pulgares y mirando fijo el techo—: hace seis años hubo un robo muy importante en Iquique. Un empleado de una importadora de la ZOFRI cometió un robo de varios millones a su firma. El delincuente, en esa oportunidad, fue aprehendido y encarcelado. Se pensó en ese momento que su esposa había sido cómplice en la acción, ya que la mujer desapareció de Iquique, sin dejar rastro, el mismo día en que fue tomado preso su marido. Ahora bien —continuó el inspector Soto, tomando un sorbo de té y rascándose una oreja—, este hombre, al que llamaremos Equis Zeta, luego de cinco años salió en libertad y se fue de Iquique. Y resulta que la semana pasada un robo de las mismas características del de la ZOFRI ocurrió en una empresa de Rancagua. El culpable fue aprehendido y resultó ser otra vez nuestro conocido Equis Zeta. Pero en esta oportunidad el dinero no ha sido recuperado. Equis Zeta sostiene que lo dejó abandonado en un taxi, cuando era perseguido por Investigaciones. Nadie lo puede sacar de ese planteamiento. Por supuesto que en el auto no se encontró el dinero y el taxista está fuera de toda sospecha.

—¿La esposa...? —insinuó doña Felicia, enarcando una ceja.

—Exactamente, querida amiga. Y aquí es donde necesito su ayuda.

El inspector se echó hacia atrás en el sillón y miró intrigado el hundimiento en el cojín contiguo al de doña Felicia.

—¿Sí? —lo animó la anciana, sirviéndole más té.

—En esta misma cuadra viven desde hace seis meses cuatro mujeres viudas. Por pesquisas que hemos efectuado, tenemos la certeza de que entre una de ellas se esconde la esposa y cómplice de Equis Zeta.

—¡Sí, las conozco! Son cuatro viudas que decidieron vivir juntas para compartir gastos y penas. ¡Son muy amables y siempre me encuentro con alguna de ellas en el

supermercado! —exclamó doña Felicia, sorprendida.

—¿Y podría usted convidarlas a tomar el té? Estoy seguro de que nadie mejor que usted logrará hacerlas hablar más de lo necesario. Y yo estaré aquí, por supuesto que escondido, para protegerla —concluyó el inspector.

—¿Protegerme? —se escandalizó la anciana.

—Sepa que ella, por muy amable que aparente ser, es una mujer peligrosa. Estuvo en la cárcel, por robo con intimidación, cuando era una jovencita —le advirtió Soto, moviendo al mismo tiempo orejas y cejas.

Doña Felicia dio unas pataditas en el aire, hacia la izquierda, que el inspector interpretó como un signo de entusiasmo.

—¡Admiro su espíritu jovial, colega! —la alabó Soto.

—Inspector, cocinaré para usted esos *scones* que tanto le gustan —contestó ella, sintiéndose en las nubes por aquello de «colega».

—Y supongo que las cuatro viudas también los probarán —se rió el inspector, poniéndose de pie.

La invitación fue fijada para dos días más tarde. Doña Felicia, ayudada por Arthur Henry Williams, se afanó en arreglar la casa. Colocó flores en los jarrones y cocinó no sólo *scones* sino que el *Green Apple Pie*, según la receta favorita de Arthur Henry.

A las cinco de la tarde del viernes llegaron las cuatro viudas. El inspector Soto ya estaba escondido en la cocina con la invisible compañía del fantasma.

Las cuatro mujeres, Rosa, Margarita, Violeta y Hortensia, conversaban animadamente con la dueña de casa.

—¡Qué amable ha sido usted en invitarnos, doña Felicia! —exclamó Rosa, la más vieja, mirando escrutadora un pañito bordado.

—¡Hace tiempo que queríamos visitarla! —Siguió Margarita, de labios y dientes pintados con lápiz labial rojo.

—¡Qué agradable es su casa! —terció Hortensia, una mujer castaña y menuda, que sonreía con dulzura y vestía una bata con lunares.

—Nos preguntábamos si vivía con algún pariente; cada vez que pasábamos por aquí escuchábamos su voz a través de la ventana abierta —agregó Violeta, arrugando sus ojillos inquisidores y moviendo apenas su boca de punto.

—Hacía tiempo que tenía la intención de invitar a estas nuevas y encantadoras vecinas —respondió doña Felicia, mientras empujaba una mesita con ruedas en la que se distribuían el servicio de té, los *scones* y el *Green Apple Pie*.

—¡Mmm! ¡Qué delicia! —exclamó Rosa, tragando saliva—. ¡Para qué se molestó tanto, vecina!

—¿Es verdad lo que se comenta en el barrio? ¡Dicen que usted es detective! —preguntó Violeta, decidida a obtener respuesta.

—Así es. Y justamente estoy trabajando en un caso apasionante: un cuantioso robo en una empresa exportadora de frutas —respondió la dueña de casa, aparentando una total tranquilidad.

—¡¡Qué emocionante!! —chilló Violeta, sin desfruncir su boca.

—¡Qué interesante, más bien! —corrigió Hortensia, muy compuesta—. No sabíamos nada. ¿Cómo es que la noticia no ha salido en la televisión ni en los diarios?

—La policía ha pedido a los medios de comunicación absoluta reserva sobre el caso, para no entorpecer la acción; yo se los cuento a ustedes en forma confidencial, por lo que les ruego que no lo repitan —pidió doña Felicia, con fingida complicidad.

—¡Por supuesto, cuente con nuestra discreción! —exclamó Rosa, excitada.

—¡Seremos unas tumbas! —prometió Violeta.

—¿Y usted tiene que atrapar al ladrón? —preguntó Margarita, la de los labios rojos, con grandes aspavientos. Tenía en su mano un *scone* a medio comer y la falda llena de migas.

—No, el ladrón ya está encarcelado. Ahora la policía anda en busca del dinero robado... y de un posible cómplice —explicó doña Felicia, y luego sirvió el té.

Rosa comía en silencio y con el ceño arrugado. Luego de sorber con ruido, preguntó, inquisidora:

—¿Y cuál es su papel en el caso?

—Ayudaré a descubrir al cómplice... que tiene el dinero —explicó doña Felicia, cortando concienzudamente el *Green Apple Pie*.

—¿Y qué se sabe del cómplice? —preguntó Hortensia.

—Que es una mujer y que es su esposa. —Felicia miró disimuladamente a su auditorio.

—¡Estamos descartadas, somos viudas! —rió Margarita, con su gran boca roja abierta.

—¡Y de muchos años! —La apoyó Violeta, suspirando.

—¿Cuántos años hace que murió su marido, señora Violeta? —preguntó Felicia, casual.

—En diciembre hará diez años.

—Yo cumpliré ocho años de soledad en marzo —siguió Margarita.

—¡Soy la más antigua, entonces: voy a completar trece! Y aún no me conformo.

—Hortensia se secó los ojos con la servilleta del té.

—¿Y usted, señora Rosa? —Quiso saber la anciana—. Yo soy la viuda más reciente: mi marido murió en un accidente de auto hace tres años.

Doña Felicia estudió a sus invitadas. Todas comían con apetito y habían iniciado un parloteo acerca de enfermedades.

—Ya, niñas; no hablemos más de la salud —dijo Margarita, dando un golpe con sus palmas en los brazos del sillón.

—¡Sigamos con lo del robo! Cuéntenos, doña Felicia, ¿hubo muertes? —Se entusiasmó Violeta.

—No. Fue solamente una gran pérdida de dinero para la firma y un buen susto para el pobre taxista que, sin saberlo, transportó al ladrón luego de cometido el atraco —explicó Felicia, muy calmada.

—¡Huy! ¡Igual que en las películas! Los ladrones salen del banco y se suben a un taxi que justo va pasando... —se admiró Rosa.

—Casi igual —corrigió la anciana detective—, con la diferencia de que aquí no hubo asalto a mano armada, sino que un desfalco de un alto empleado a su empresa. Sólo hay coincidencia en lo del taxi.

—¿Y qué pasó con el taxista? ¿Quedó herido? —quiso saber Margarita, fascinada con la historia.

—No, pero fue pieza clave para identificar al ladrón. El taxista es un buen hombre y, como en toda ciudad chica, muy conocido por los vecinos —explicó la dueña de casa.

—A mí me encantaría vivir en una ciudad chica, como Chillán, por ejemplo, de donde era mi familia. Eso de salir a la calle y conocer desde el alcalde hasta el taxista lo encuentro maravilloso —comentó Violeta, buscando la aprobación de Hortensia.

—A mí también, pero más al sur. Rancagua no me gusta. La encuentro demasiado seca y calurosa en verano. ¡Yo viviría en Puerto Montt! —comentó Hortensia.

—Lo que es yo, me iría al Norte, a Iquique. Dicen que el clima es bueno para la artritis... —comentó Rosa, sobándose los nudillos.

—Yo me quedo en Santiago —dijo Felicia—; aquí hay acción. —Y añadió, seria—: ¿Alguien quiere más té?

—Yo —aceptó Margarita, tomando el último sorbo y acercando su taza.

Hasta ese momento el silencio sólo había sido interrumpido por las voces de las invitadas. Pero de pronto un tintineo de cuchara y plato llegó clarito de la cocina.

—Bueno, doña Felicia, al parecer usted no vive sola, como bien lo suponíamos —dijo de inmediato Violeta, mirando hacia la puerta de donde provenía el ruido.

—Debe ser Arthur, un gato viejo y callejero que a veces se mete en mi cocina —respondió Felicia.

—Thank you, dear!

La voz sonó junto a un falso ataque de tos de doña Felicia, provocando alarma entre las invitadas, que se pusieron de pie para palmotearle la espalda.

Pasado el incidente, la conversación retomó su ritmo.

—Perdóneme la insistencia, doña Felicia, pero ¿cómo piensa usted descubrir a esa mujer cómplice del robo? —Violeta había vuelto a fruncir su boca y esperaba la respuesta con interés.

—Ya la descubrí. —Fue la respuesta de la anciana—. Porque *en un país largo y angosto, conocer mucho delató al rostro*.

Momentos más tarde se abrió la puerta de la cocina y el inspector Soto hizo su aparición en el *living*. Y, siguiendo la mirada de doña Felicia, se acercó a una de las mujeres y le dijo con amabilidad:

—Si ya terminó su té, le ruego que me acompañe.

La viuda aludida cambió de actitud y comenzó a proferir unos insultos que hicieron enrojecer las orejas del inspector Soto.

Astuto lector:

¿Cuál de las supuestas viudas era la cómplice y esposa de Equis Zeta? ¿Qué fue lo que la delató?

EL CASO DEL ROBO EN EL TREN ESPAÑOL

—*Merci, madame* —dijo el maletero, al recibir las monedas en francos que doña Felicia le dio de propina.

La anciana abrió su pequeño diccionario y buscó afanosamente cómo decir «de nada», pero cuando encontró la frase adecuada el muchacho ya se había ido.

Doña Felicia y Arthur Henry Williams estaban instalados en el *Talgo*, el tren-cama español que hace todas las noches el recorrido París-Madrid. Ella y el fantasma habían ganado el famoso concurso «*Descifre el enigma de la imagen y a Europa los pasajes*», promovido por televisión. Doña Felicia, con la ayuda de Arthur, había descubierto, en vivo y en directo, los tres enigmas mostrados en tres distintos videos. Y al mes ya estaban en Europa.

El fantasma no había querido tomar un *tour*, porque los encontraba despreciables y había convencido a su amiga de que con él no necesitaba guía. Así era como habían recorrido Londres, donde Arthur Henry Williams había gozado como nunca en su vida de fantasma, y luego París. Evidentemente que, como buen inglés, en la Ciudad Luz Arthur Henry no se sentía tan a gusto y reclamaba por todo.

—Hay que adaptarse a los tiempos, Arthur. Eres un fantasma retrógrado —había dicho doña Felicia, frente a la pirámide de cristal del Louvre.

—*I am sony, my dear, pero la arquitectura moderna no me gusta; sólo a los franceses se les podía haber ocurrido construir esto en el corazón de un palacio de seiscientos años.*

—Lo único que te falta es decirme que no te gusta Picasso —se enojó la anciana—. ¡Eres increíble!

Pero en todo caso estas discusiones no habían impedido que los dos gozaran de las bellezas de esa ciudad maravillosa. Y ahora, camino a Madrid, se preparaban para visitar El Escorial, donde un pariente español de Arthur Henry Williams aún transitaba entre sus paredes.

Doña Felicia se dirigió a su camarote de mujeres y Arthur Henry al de varones. Quedaron de juntarse en la cafetería, a la hora del desayuno. Antes de separarse, la anciana consultó su diccionario y dijo de corrido:

—*Bon soir, mon cher fantôme, et... sé cuidadoso* —agregó, sin saber cómo terminar la frase en francés.

—*Ni siquiera hundiré mi cama, para no despertar sospechas, ma chérie.*

Tranquila, doña Felicia entró muy sonriente al camarote. Sus compañeras de viaje ya estaban instaladas: dos jóvenes muchachas en bermudas, encaramadas sobre las

escalerillas, acomodaban sus mochilas y unas raquetas de tenis en los portamaletas. Sentada sobre el asiento que más tarde se convertiría en cama, una señora voluminosa, con los ojos muy pintados, examinaba el contenido de su maletín de mano.

Doña Felicia masculló un saludo entre español y francés e inclinó su cabeza. Pero para su alivio, sus tres acompañantes eran españolas.

Las dos muchachas se sentaron frente a doña Felicia y a la mujer gorda y comenzaron a mirar unas fotografías que se habían tomado frente a la torre Eiffel. Reían, sin preocuparse de las dos señoras que tenían al frente.

Doña Felicia estaba algo cansada y esperaba con ansias que llegara el encargado de bajar los camarotes para acostarse a dormir. Recordaba otro viaje que había hecho hacía muchísimos años en ese mismo tren, con su difunto Leopoldo.

—¿De vacaciones? —preguntó la gorda a doña Felicia.

—Sí, de vacaciones...

—¿Usted no es española, verdad? ¡Lo digo por su acento! —La señora gorda miró con más atención a su acompañante.

—Soy chilena.

—¿Chilena? —exclamó una de las jóvenes, mientras recogía su pelo rubio en un moño—. Tengo una prima vasca que vive en Linares; se llama Marisol Gabilondo, ¿la conoce?

Doña Felicia negó sonriendo y comentó que Chile era un país con más de doce millones de habitantes.

—Hay muchísimos vascos en Chile —les dijo doña Felicia—. Y ustedes ¿de qué lugar de España son?

—Las dos vivimos en Madrid —contestó la joven de pelo corto y castaño.

—Yo soy de Sevilla —dijo la gorda, echándose aire con un abanico negro—. ¡Jesús, qué calor hace!

En ese momento entró el acomodador a preparar las literas y las mujeres salieron al pasillo. Al cabo de unos minutos, y cuando ya comenzaban a instalarse para dormir, fueron nuevamente interrumpidas por el sobrecargo que les pedía sus pasaportes, para no despertarlas en plena noche al cruzar la frontera.

—Se los devolveré mañana —les dijo, con amabilidad.

—¡Al fin, hijas, qué ajetreo! —suspiró la gorda sevillana cuando éste salió.

—Me muero de sueño —comentó doña Felicia—; las dos últimas noches casi no he dormido y estoy muy cansada.

—Yo igual, hija; ¡cansadísima! —La apoyó la mujer.

Comenzaron a desvestirse. Las jóvenes, en los camarotes superiores, cuchicheaban y se reían de la gorda que se había puesto una camisa de dormir llena de velos y ahora se dedicaba a embadurnarse la cara con crema, igual que si estuviera en su casa.

La española del moño rubio, con los pies colgando sobre la cabeza de doña Felicia, se puso a hacer unos ejercicios gimnásticos. Frente a ella, y en la litera sobre la gorda, su amiga hojeaba una revista.

Doña Felicia, en tanto, trataba de sacar el broche de platino y brillantes —regalo de Leopoldo— que se había enredado en el ojal de su blusa. Una vez que lo consiguió, se dirigió al lavamanos, donde tenía su estuche floreado con la pasta y el cepillo de dientes, y guardó allí su joya. Luego regresó a su cama.

La sevillana hurgaba tras su pelo y orejas para retirar unos audífonos casi transparentes. Los dejó cuidadosamente guardados en una cajita y luego gritó a la anciana:

—¡Desde este momento, hija, se puede acabar el mundo y yo no escucharé ni un pío!

Doña Felicia asintió con la cabeza y apagando la luz de su litera se dispuso a dormir. Pero las jóvenes de arriba aún tenían ánimo para mucho rato: cada dos minutos la rubia del moño iniciaba una conversación que era seguida por las risas de su amiga. La morena de pelo corto se bajó de la litera y se acercó al lavamanos, donde se lavó los dientes con largas abluciones durante interminables minutos. Luego bajó la rubia, que estaba sobre doña Felicia. Pero en vez de usar la escalerilla, puso un pie sobre la almohada de la anciana, aplastándole un mechón de pelo.

—¡Cuidado, mi pelo! ¿Cómo es posible? —exclamó doña Felicia, furiosa.

—¡Perdonadme, señora, perdonadme! —se disculpó la muchacha y salió del camarote, conteniendo la risa.

—¡Qué modales! ¿No? —dijo doña Felicia buscando la aprobación de la sevillana. Pero ésta siguió mirando un punto fijo de la litera, en espera del sueño, igual que una momia.

Cuando la joven volvió del baño, subió por la escalerilla.

Otra vez comenzaron las risas.

Doña Felicia, con un suspiro de fastidio, se volvió a levantar, sacó del mismo estuche floreado una pastilla para dormir y se la tragó con un sorbo de agua.

Con gesto enérgico volvió a su cama, se tapó hasta la cabeza, alcanzó a sentir tres o cuatro carcajadas más y se quedó profundamente dormida.

A la mañana siguiente, la anciana fue la última en despertar. La gorda venía entrando, de vuelta de tomar desayuno.

—¡Hola! ¿Qué tal, señora? ¡Al parecer ha dormido usted muy bien! ¡Si hasta se permitió sus pequeños ronquidos durante la noche! —se rió la mujer.

—¡Así fue! —dijo la rubia, que cepillaba con mucho cuidado su pelo frente al espejo del lavamanos—. Yo me desperté como a las cuatro de la mañana y usted roncaba con la boca abierta.

—¡No me digan, qué vergüenza! —Se azoró doña Felicia, bajando de su cama, y sintiendo que sus mejillas ardían. Sus compañeras de viaje bien podrían haberse guardado sus comentarios: no eran un dechado de diplomacia. Las dos jovencitas eran francamente mal educadas.

Doña Felicia se acordó de Arthur Henry que la estaría esperando en la cafetería y se vistió rápidamente. Se acercó al lavatorio, y cuando abrió su bolsita floreada para sacar el cepillo de dientes, una exclamación escapó de sus labios:

—¡Ohhh! ¡Mi broche de diamantes!

Dio vuelta el contenido de la bolsa, pero sólo aparecieron el hilo dental, los polvos, el cepillo y la pasta dentífrica. Reprochándose su descuido al haber dejado allí su joya durante toda la noche, se volvió hacia sus compañeras de viaje, con el rostro tenso.

—¿Qué le pasa, señora? —preguntó la sevillana, al tiempo que plegaba cuidadosamente los vuelos de su camisa de dormir.

—¿Se le perdió algo? —preguntó la rubia del moño.

—¿Un broche, dice? —Siguió la morena de pelo corto.

—Sí —respondió doña Felicia, muy seria—. Y lamentablemente una de ustedes tiene que haberlo tomado.

—¡Virgen de la Macarena, qué cosas dice usted! —Se sofocó la gorda.

—¿Qué se ha imaginado, señora? —preguntó, insolente, la muchacha rubia, cerrando de un golpe la tapa de su maletín.

—¿Nos está tratando de ladronas? —la increpó la morena de pelo corto.

—Por favor, evitemos alteramos. —Las calmó la anciana—. Sólo quiero que mi broche aparezca. Tiene un valor muy grande para mí, pues me lo regaló mi difunto esposo.

—Yo no tengo nada que ver con su broche —dijo la rubia, con la voz agudizada por la rabia.

—Y yo... ¡qué decir! —Siguió la morena.

La gorda, andaluza también se molestó:

—Mire, señora, yo dormí toda la noche. Interrogue a quienes se acercaron anoche al lavamanos... —dijo la andaluza y miró a las dos jóvenes.

—Yo fui la última en acercarme, cuando fui a beber agua —habló la anciana— y en ese momento el broche estaba dentro del estuche. ¡Alguien tuvo que sacarlo más tarde, mientras dormíamos!

—Yo ni siquiera me moví cuando usted me despertó con sus ronquidos —le dijo la rubia a doña Felicia, con tono agresivo.

—Yo también me desperté durante la noche, pero no me levanté —aseguró la otra joven y agregó, pensativa—: Aunque creo haber escuchado un ruido en el lavamanos, si bien no sé qué hora sería.

Doña Felicia examinó con su mirada a las tres mujeres. Y entonces vio algo en una de ellas que la hizo arrugar su frente y recordar un comentario que esta misma persona había hecho. Era sólo un detalle, pero un detalle que demostraba que esa persona había mentido. Claro que eso no bastaba para acusarla... ¿Qué podría hacer? Si Arthur estuviese allí...

En esos instantes, como si la anciana hubiese enviado un mensaje telepático, sintió un susurro en su oreja:

—*¿Por qué eres tan impuntual, dear? Me tenías preocupado.*

Doña Felicia suspiró aliviada y comenzó a murmurar palabras incomprensibles, con la boca chueca y el rostro torcido por encima de su hombro.

—¡Esta señora está chiflada, eso es lo que pasa! —dijo la joven morena, moviendo la cabeza.

—No me cabe la menor duda de que esta situación es una locura —aseveró la sevillana, acomodando su cartera junto al maletín de mano, lista para abandonar el compartimiento.

Las dos amigas miraron con burla a la anciana, bajaron sus pertenencias de las rejillas superiores y colocaron sus bolsos, maletines de mano y raquetas sobre la litera de la gorda.

El tren ya entraba en los alrededores de Madrid.

—¡Ahora, *dear* Arthur! —ordenó doña Felicia.

Y ante la mirada atónita de las tres mujeres, uno de los maletines de mano, como por arte de magia, se abrió, volcando su contenido sobre la cama. Y entre cosméticos y útiles de aseo brilló la joya de diamantes y platino de la anciana chilena.

—Con que soy una vieja chiflada, ¿no? —preguntó ella, cogiendo su broche y enfrentándose a un par de ojos asustados—. Han de saber que *quien al ronquido acusa, del ronquido abusa.*

La culpable, con los ojos turbados, se disculpó diciendo que era sonámbula y se puso a llorar.

Doña Felicia, feliz de haber recuperado el broche, aceptó la disculpa y decidió que ese incidente no perturbaría el final de sus vacaciones. Así, cuando el sobrecargo entró a devolver los pasaportes, sólo encontró a cuatro mujeres silenciosas y muy serias.

Más tarde, en un taxi hacia el hotel, Arthur Henry hizo palidecer al chofer cuando, con su voz ronca, interrogó a la anciana:

—*¿Y cómo sabías que el broche estaba en el maletín de mano y no en la cartera?*

—¡Fue una corazonada, querido fantasma! Y por suerte, no me equivoqué.

—¿Me habló la señora? —preguntó el chofer.

—¡Estaba admirando la fuente de Cibeles! —respondió ella, abriendo rápidamente la ventanilla.

Lector:

¿Tú también te diste cuenta de que una de las tres había dicho algo incongruente?
¿Qué cosa?

EPÍLOGO

Doña Felicia y Arthur Henry Williams —materializado y con bata de seda estampada— conversaban en el living de la casa de Ñuñoa. Luego de hacer recuerdos del magnífico viaje por Europa y de discutir otra vez acerca del arte moderno, doña Felicia cortó un trozo del *Green Apple Pie* y ofreció al fantasma una taza de té inglés.

—¿Te das cuenta, Arthur, que en un año resolvimos once casos?

—*Lo más increíble, dear, es que en el último hayas sido tú la víctima.*

—Es el único que no quisiera recordar; yo no sabía que roncaba. —Doña Felicia hizo un ademán de alejar esos pensamientos bochornosos.

—*Ahora que lo pienso... Yo siempre creí que los ruidos que sentía desde el closet en las noches eran ronroneos del gato de los vecinos.*

—¿Quieres que te recuerde a ti algo desagradable? ¿Qué tal cuando te equivocaste de cartera en el caso del centro comercial?

—*Cambieemos de tema, dear, te invito al cine: elige entre *Lo que el viento se llevó* y *Crimen a las cinco en punto** —dijo Arthur, hojeando la página de espectáculos del diario.

—Nada de amor; quiero misterio. Hace más de un mes que no resolvemos un caso —respondió la anciana, poniéndose de pie—. Pero, por favor, mi querido fantasma, no insistas en hacerme comentarios en voz alta durante la película. ¡Ya estoy harta de que me crean loca!

—I promess you.

La anciana cogió su cartera y comenzó a apagar las luces del *living*. En ese momento sonó el timbre.

—*¡Oh, qué contrariedad! ¿Quién será a esta hora?* —reclamó Arthur, haciéndose invisible a toda velocidad.

Era una vecina. Su rostro estaba tenso y sus cabellos despeinados. Tenía puesta una bata y zapatillas de levantarse.

—¡Doña Felicia, por favor, venga a mi casa! ¡Algo terrible ha pasado!

La anciana miró por sobre su hombro, levantó las cejas, codeó el aire y exclamó:

—Cambiamos *Crimen a las cinco en punto* por *Misterio a las nueve de la noche*.

SOLUCIONES

EL CASO DE LOS BILLETES EN EL JARRÓN

Doña Felicia se dio cuenta de que había algo incongruente en el lugar de los hechos. Las porcelanas y los cristales se desparramaban por todas partes, pero no había nada roto. Al contrario, parecía que los objetos hubieran sido volcados con mucho cuidado en cada lugar. Incluso el jarrón chino estaba apoyado entre cojines. Doña Laura, además, dijo que el ladrón «había pateado con furia mesas y sillas». ¿Cómo era posible que no se hubiese roto nada?

Doña Laura había montado toda la escena para quedarse con los billetes de su avaro marido y poder disponer de dinero, sin romper ninguno de sus adorados objetos. Por eso la máxima de doña Felicia: *«el que quiere llevar bien a cabo su papel, no cuide lo que quiere: hágalo al revés»*.

EL CASO CON MUCHOS DEDOS

Doña Felicia descubrió a la que había cogido el anillo porque en sus palabras hubo una contradicción: primero contó que el anillo «casi se le había quedado atascado en el dedo meñique», y más adelante aseguró que lo había dejado de inmediato sobre la mesa porque «nunca manejo autos ajenos ni me pruebo joyas que no son mías».

La máxima *«Quien miente se delata cuando los dedos atan»* fue pensada por doña Felicia para que sólo la culpable —o sea Dorita— la entendiera.

EL CASO DE LAS PISTAS EN VERSO

Aunque casi todos los títulos que había en la estantería de las novelas de asesinatos se referían a crímenes cometidos en forma suave, sólo uno de ellos correspondía exactamente a la última clave: «*Suavemente matarán, pero no dejarán huella*». El título era *CRIMEN CON GUAANTES DE SEDA*.

EL CASO DEL ROBO EN EL SUPERMERCADO

Doña Felicia sospechó de la señora del moño tirante por la sencilla razón de que era una tramposa. Ella le dijo a la cajera que había cogido los tarros que estaban en el estante de más arriba justamente porque eran baratos. Sin embargo, momentos antes no había podido ver el precio de un tarro de arvejas que tenía en su mano. Obviamente que siendo tan corta de vista como para no poder descifrar el precio en la etiqueta que tenía en sus manos, menos pudo haber leído los precios del estante superior.

Doña Felicia y Arthur Henry pensaron al unísono que una persona que hacía trampas y mentía así, podía también robar una billetera. Por eso la máxima de «*El que tramposo quiere ser, su mirada debe esconder*».

Por otra parte, esta señora había culpado con mucha soltura a un señor que tenía la conciencia tan tranquila como para pagar con un cheque que incluía todos sus datos en forma correcta.

EL CASO DEL BIZCOCHO «ARENA»

Doña Felicia entró en los tres dormitorios en busca de una pista que delatara al comilón. Ella sabía que necesariamente el que come un bizcocho tiene que dejar migas. Sin embargo, no encontró ni un resto de migas en ninguna de las habitaciones, pero lo que sí observó fue que bajo la cama de Sebastián asomaba el mango de la escoba que la ordenadísima Susana guardaba siempre en su lugar. ¿Para qué iba a llevar Sebastián la escoba a su pieza si no era para barrer las migas?

Si leíste con cuidado te darás cuenta de que alguien bajó dos veces la escalera: una en busca del bizcocho y otra en busca de la escoba.

EL CASO DE LOS ESCRITORES CONFUNDIDOS

El único escritor que se delató con sus propias palabras fue el hombre flaco y huesudo. Primero dijo «que se había quedado con ganas de mirarlo»; sin embargo, más adelante alabó la minuciosidad de las ilustraciones. Por eso lo de «*Quien dice no ver, pero ve mucho, que no hable tanto ni se haga el cucho*».

EL CASO DE LA CASA DE CAMPO AMARILLA

Obviamente la culpable había sido Carolina. Ella no pudo haber soñado con su Juanjo durante una larga siesta en su cama, ya que esa tarde se enceraban todos los dormitorios de la residencial. Por eso aquello de «*Quien dice hacer lo que no pudo hacer, sólo cumple un sueño: la música encender*».

EL CASO DEL ADMIRADOR ANÓNIMO

La tenue huella digital que había en la hoja blanca del anónimo pertenecía sin duda al dedo del joven que se había ido a inscribir al registro electoral. Como ustedes sabrán, para inscribirse en los registros es necesario dejar estampada la huella del pulgar. Por eso lo de «*Quien frases de amor quiera cantar, tenga a bien su huella ocultar*».

EL CASO DE LAS DOS CARTERAS

Luego de una cuidadosa observación de los sobres, doña Felicia llegó a la conclusión de que el nombre de la ladrona estaba en el único sobre que tenía matasellos. Lógicamente esa carta, que había pasado por Correos, había sido enviada y recibida. Las otras dos, con las estampillas sin uso y escritas ambas a máquina, eran cartas que la ladrona de carteras pensaba mandar.

«*Hay líneas que matan y que al ladrón delatan*». En este caso las líneas corresponden al timbre del matasellos.

EL CASO DE LAS CUATRO VIUDAS

Las cuatro viudas parecían muy inofensivas; sin embargo, una de ellas no era ni viuda ni inofensiva: era una impostora. Pero ella se delató con sus propias palabras: sin que doña Felicia hubiera mencionado la ciudad donde se cometió el atraco y sin que la noticia se hubiese dado a conocer en la prensa, Hortensia dijo que no le gustaría

vivir en Rancagua.

Por eso aquello de «En un país largo y angosto, conocer mucho delató al rostro».

EL CASO DEL ROBO EN EL TREN ESPAÑOL

Doña Felicia vio cuando la gorda sevillana se sacaba los audífonos para ponerse a dormir. Y se dio cuenta de lo sorda que era cuando ni siquiera oyó las estruendosas carcajadas de las jóvenes en las literas de arriba. Sin embargo, a la mañana siguiente le dijo a doña Felicia que la había escuchado roncar. ¿Cómo era posible? Eso había sucedido porque la mujer se había puesto los audífonos en la mitad de la noche, para levantarse y robar la joya. La única manera de no hacer ruido era escuchando sus propios pasos.

RECORDEMOS DETALLES DE LOS CUENTOS DEL FANTASMA Y DOÑA FELICIA

VERDADERO O FALSO

Junto al número, coloca V o F, según lo que recuerdas de cada cuento.

1. Leopoldo murió de un ataque cardíaco cuando abrió el closet de doña Felicia.
2. El ladrón que robó en casa del señor González se robó los marfiles.
3. El anillo de Patricia apareció en la panera.
4. La ladrona se desmayó otra vez cuando vio en el aire una pipa que echaba humo.
5. En La Serena, la primera pista los condujo a la Recova.
6. La segunda pista que hablaba del nombre de un viento, se refería al mistral.
7. A la cajera del supermercado le llamó la atención la rapidez de doña Felicia para vaciar su carro.
8. El caballero canoso había robado la billetera de la joven.
9. Susana y su hija Valentina eran igualmente exigentes en cuanto al orden y a la limpieza.
10. Margarita estaba haciendo régimen.
11. Doña Felicia llevó un cuento policial escrito por ella al Círculo de Escritores de Novelas Policiales.
12. La escritora que tenía un taller literario se apropió del libro antiguo.
13. *Frau* Helga quería conocer el molino de agua de Llanquihue.
14. Doña Felicia fue la última que vio el encendedor antes de que lo robaran.
15. El mensaje tenía una leve huella digital de color azul.
16. Arturo había escrito el mensaje en su computador.
17. En la cafetería, Arthur Henry pidió jugo de pomelo.
18. Al tropezar, la ladrona dejó caer su cartera.
19. Doña Felicia invitó a las cuatro viudas a tomar té porque eran sus vecinas y amigas.
20. Los cómplices de Equis Zeta eran su mujer y el taxista.
21. Doña Felicia guardó su broche de brillantes en un estuche floreado junto a la pasta dental y a su cepillo.

QUE PERSONAJES CORRESPONDEN A CADA CASO

Junto al título de cada caso, coloca el número y la letra de los personajes que le

corresponden.

El caso...

- I. de los billetes en el jarrón ___ ___
- II. con muchos dedos ___ ___
- III. de las pistas en verso ___ ___
- IV. del robo en el supermercado ___ ___
- V. del bizcocho «arena» ___ ___
- VI. de los escritores confundidos ___ ___
- VII. de la casa de campo amarilla ___ ___
- VIII. del admirador anónimo ___ ___
- IX. de las dos carteras ___ ___
- X. de las cuatro viudas ___ ___
- XI. del robo en el tren español ___ ___

- 1. Susana A. Diego
- 2. Belisario B. Norma del Carmen Valdebenito
- 3. Flaco y con anteojos C. Laurita
- 4. Josefa D. narigona y con taller
- 5. Dorita E. Hortensia
- 6. Helga F. Sebastián
- 7. de verde y con moño G. Carolina
- 8. Inspector Soto H. Rubén
- 9. gorda y sorda I. caballero canoso
- 10. le gustan los helados J. Patricia

11. Catalina

K. morena de pelo corto

Soluciones

Verdadero o Falso

- 1-V
- 2-F
- 3-F
- 4-V
- 5-F
- 6-V
- 7-V
- 8-F
- 9-V
- 10-V
- 11-F
- 12-F
- 13-F
- 14-V
- 15-V
- 16-F
- 17-V
- 18-V
- 19-F
- 20-F
- 21-V

Personajes de cada caso

- I-2-C
- II-5-J
- III-4-H
- IV-7-L
- V-1-F
- VI-3-D
- VII-6-G
- VIII-11-A

IX-10-B

X-8-E

XI-9-K



JACQUELINE BALCELLS nació en Valparaíso en 1944. Periodista y escritora chilena. Su verdadero nombre es Jacqueline Marty Aboitiz. De su esposo, el arquitecto y poeta, Ignacio Balcells tomó el apellido con el que firma sus libros. Estudió Periodismo en la Universidad Católica de Santiago.

Jacqueline Balcells, comenzó a escribir cuentos para niños cuando nacieron sus hijos. Pero sólo los publicó cuando llegó a vivir a Francia en el año 1982.

Vuelve a Chile en 1986, dedicándose de lleno a la literatura infantil. Aquí decide publicar sus escritos tanto en el país como en Francia.

El libro que la dio a conocer en Chile se llama *El niño que se fue en un árbol*, publicado en 1986, que contiene los relatos *Cómo empezó el olvido*, *El elixir de las sirenas*, *El enano verde*, entre otros.

Poseedora de una prosa simple y limpia, en sus cuentos predomina el humor, lo imaginativo, fantástico y poético, incluyendo siempre un mensaje donde se destaca el poder de la inteligencia y la verdad.

Jacqueline Balcells ha creado numerosos talleres literarios dirigidos a niños, con

quienes comparte historias de duendes, hadas mágicas y animales de otro mundo.



ANA MARÍA GÜIRALDES (Linares, 1946) es una escritora chilena dedicada a la literatura infantil. Aficionada desde muy pequeña a la lectura, gusto que recibió del ambiente familiar, empezó a escribir ya de niña. Finalizados sus estudios, trabajó a partir de 1969 como profesora de castellano en la Universidad Católica.

Sus primeros cuentos para niños aparecieron en diarios y revistas y, en 1970, comenzó a colaborar en el suplemento infantil *Pocas Pecas*, donde dio vida al personaje del mismo nombre. Complementó esta actividad con la de libretista de un famoso programa para niños en la televisión.

En 1983 publicó *El nudo movedizo*, su primer libro de cuentos para adultos, que ganó el Premio Municipal de ese año. A esta recopilación le seguirían *Las muñecas respiran* (1985), y *Cuentos de soledad y asombro* (1989), también para adultos.

Pero lo más destacado de su producción es su literatura infantil. Deben citarse, entre otras, sus recopilaciones de cuentos *El sueño de María Soledad* (1973), *Ratita Marita* y *La lombriz resfriada* (1987), *El mozo buen mozo y otros cuentos* (1990) y las novelas cortas *Un embrujo de cinco siglos* (1991), *Un día en la vida de Esplandián, caballero andante* (1992), *Un día en la vida de Shimaltopoca, niño azteca* (1992) y

Un día en la vida de Quidora (1992). También cuenta en su haber con un libro de cuentos detectivescos, *Trece casos misteriosos*, y otras obras como *Fábulas cantadas* y *Cuentos sabrosos*.

Se destaca por un innato sentido del humor absurdo que le permite escribir para los niños con gracia, utilizando onomatopeyas y juegos de palabras. Sus personajes suelen ser animales que captan de inmediato el interés del lector porque están descritos con un estilo conciso, con imágenes claras y convincentes, y se expresan con diálogos certeros. La invención de nuevos códigos lingüísticos y su extraordinaria fantasía figuran entre los aspectos más elogiados de sus narraciones.